

Ustedes no existen

Oswaldo Hernández Trujillo obtuvo el premio único de cuento en el III Certamen Literario “Laura Méndez de Cuenca”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través de la Secretaría de Cultura y del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2018. El jurado estuvo integrado por Mónica Lavín, Alberto Chimal y Anamari Gomís.

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

OSWALDO HERNÁNDEZ TRUJILLO

Ustedes no existen



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas
Secretaria de Cultura y Turismo

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas, Rodrigo Jarque Lira, Gerardo Monroy Serrano,
Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Félix Suárez González, Rodrigo Sánchez Arce, Laura G. Zaragoza Contreras

Ustedes no existen

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, 2020

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México

Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Carlos Oswaldo Hernández Trujillo

ISBN: 978-607-490-308-9

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 217/01/15/20

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Para Adriana

El taller de las bacantes

Lo difícil es saber si quien escribe esto soy yo o mi hermana; si es ésta su voz o la mía; si es su mano la que ahora se desliza sobre el papel o es a mí a quien pertenece la firma. El acto se complica porque las dos nos vemos igual, tenemos la misma estatura y la misma voz. Adivinaron: somos gemelas. O mejor: fuimos. Ahora sólo quedo yo. Un metro sesenta y seis, cincuenta y nueve kilos, pelvis platipeloide, noventa y cinco centímetros de busto.

El hecho en sí no lo cuento, la muerte bruta, el asesinato de mi hermana, porque ha sido manoseado hasta el cansancio. “Crimen pasional”, dijeron, “muerte por lujuria”, dijeron, “apuñalamiento de jovencita a manos de un hombre mayor”, dijeron. El día del entierro, rumbo al panteón, mientras transitaba por los vagones del metro y respiraba el aliento colectivo del subterráneo, podía

leer los titulares de la nota roja reflejados en los ojos de los viejos que fantaseaban con ella, después o antes de babear con las contraportadas que pintaban a otras mujeres en cueros: nalgas, piernas y pechos. Mi hermana fue para ellos un mero amasijo de pixel: un fémur, un vientre apuñalado, una cabellera pelirroja que sugería vagamente a una vestal. Metro y sesenta y seis. Noventa y cinco centímetros de busto.

Vino el ángel de mi hermana en sueños y me dijo: “toma la pluma y cuenta la historia”. Pero, ¿cuál? ¿La del crimen pasional de los telenoticieros en la que el asesino se convierte sutilmente en una víctima y ella en un súcubo verdugo y victimario? ¿O acaso esa otra versión según la cual mi hermana es una estadística, una cifra y orgullo sádico del heteropatriarcado?

Ninguna. La mía. Pero yo no sé contar. Nadie nunca nada me dijo sobre cómo modelar un acontecimiento con un clímax y un desenlace, cómo contarla desde un héroe, un hombrecito blanco, valiente y acaudalado, que luego de atravesar una fila de ominosos obstáculos logra forjarse el carácter.

Por eso el ángel me llevó un día hasta la casa de Xavier, al taller de las bacantes.

Las sesiones comenzaron así: yo respondí a un anuncio en un blog literario. Y omití los comentarios que decían “aguas, muchacha,

este viejo verde es un labioso, es pura baba de perico”. “Tu hermana lo sabía, tu hermana también fue parte de este cuento”. Recibí como respuesta un primer correo para citarme a una prueba donde Xavier no hizo más que mirarme el escote. Me había puesto una blusa abierta muy a sabiendas, y lo dejé hacer. Quería liberarme del asunto de inmediato, como para decir “te conozco, y no me voy a intimidar por eso”. Pero él me retó:

—Antes de saber si puedes o no unirte a nuestro círculo necesitas demostrar que tienes agallas.

Me habló de la vacuidad de los talleres de escritura —incluso el suyo— y de cuántas niñas fatuas había visto elevarse con sus alas de cera sobre el cielo literario para unos meses después caer estrelladas contra el duro mar del olvido. Me habló de la voz y me dijo:

—Sólo alguien con voz vale, pero tú ¿de veras te sientes con la potencia como para hacer arder la tierra y elevar hasta el cielo las ascuas de una hoguera?

Fingí poner atención; hablaba con un tono lo suficientemente bobo como para demostrar admiración. Al final, le aseguré que a mí no me interesaba realmente la literatura sino otra cosa.

Me miró intrigado, sopesando la dosis exacta de lujuria mezclada en mis palabras y me propuso que asistiera a la siguiente sesión, como la única oportunidad para entrar.

El grupo del taller estaba dividido de manera tan obvia que no darse cuenta resultaba grotesco. Del lado derecho de la sala se apoltronaban los amigos del anfitrión: dos viejos, incluido un gordo que adolecía de cabello. En la parte izquierda de la mesa, como en un altar vestal, las jóvenes núbiles bacantes: seis *groupies*, todas entre diecinueve y dieciocho, listas para el matadero. Una

de ellas, que se llamaba Simone, se levantó y contó la historia de unas hermanas que tras la muerte de sus padres debían afrontar la hipoteca de la casa heredada. Había un odio rancio entre ellas; había un abogado corrupto y había un final: una apuñalaba a la otra treinta y tres veces y luego incendiaba la casa.

—¿Por qué treinta y tres y no sesenta y seis o noventa y nueve? —cuestionó Xavier.

Las demás asistentes se dieron manotazos en la frente como si la pregunta del maestro destapara una verdad obvia pero cósmica. Xavier opinaba que el final echaba a perder el cuento por su recurso novato: matar a los personajes, quemar todas las naves, esconder la fragilidad de la historia tras humo y pirotecnia. Hizo un silencio para esperar a que ella le pidiera algunas gotas más de su sabiduría. Esa pausa dramática bastó para atraer a Simone, para imantarla hasta su hilo de baba y seducción.

—¿No te das cuenta? —le dijo—, lo más importante es saber de qué trata la historia, no los actos triviales que ocurren en ella, sino cuál es el sentimiento que el escritor quiere transmitir.

Disfrutó verla vencida; subió la ceja con un movimiento donjuanesco ensayado desde su temprana juventud, se inclinó sobre la mesa y le dijo acercándose a ella, a media voz:

—Miedo. Simone, tú querías contar el miedo que se siente cuando uno ha perdido a sus padres, la inseguridad ante el alarmante futuro, la orfandad de perderlo todo. Ahora, el verdadero problema, como siempre se los digo, es que uno sólo puede contar lo que ha vivido, lo que sabe en carne propia. Para contar el miedo tienes que palparlo, olerlo, tocarlo con todas las yemas de los dedos de la mano. Y tú no sabes lo que es el miedo... Pero para

eso estamos aquí: te vamos a ayudar. Chicas, la clase de hoy se terminó. Marco, vamos a dar un paseo con Simone. Tú, Lénica, vienes con nosotros.

Dentro del auto, el silencio rebosaba como agua en un cazo a punto de bullir. Entonces empezó la misa de Xavier:

—Simone, hace tiempo, cuando fue el turno de Karla, de Verónica y de Denisse, tú te morías de curiosidad por saber en qué consistían estos viajes y, aunque el tuyo es distinto, hoy lo vas a entender. En cierta medida, Lénica está aquí para acompañarte porque lo que vas a vivir, tu prueba de fuego, no es fácil de sobrellevar, y nunca sobra una acompañante. Pero también tú estás aquí, Lénica, porque creo en tu talento y ésta digamos que va a ser una iniciación doble.

El auto dejó atrás la autopista de cuota y entró en un camino de tierra.

—Llegamos —dijo Xavier—. Ya pueden bajar.

Una vez sobre el camino, nos preguntó:

—¿Saben dónde están? —negamos—. Pues su trabajo será regresar a casa desde aquí. Sin carteras, sin celulares. Me van a odiar, pero, a la larga, me lo van a agradecer —parecía excitado; parecía disfrutar—. Las experiencias no tienen precio.

Se estiró desde la pulsión de una entrepierna muy tensa para extenderle un papel a Simone, y nos dijo *ciao*.

Serían las seis. Todavía quedaba una bocanada de luz sucia, más el azul cenizo del extremo atardecer que el naranja cobrizo de la primera ausencia del sol. Respiré antes de sentirme una perra callejera o una rata correteada por las orillas de un basurero.

Simone, un metro setenta y uno de estatura, sesenta y tres kilos, pelvis ginecoide, ochenta centímetros de busto. Yo, ya lo dije, un metro sesenta y seis, cincuenta y nueve kilos, pelvis platipeloide, noventa y cinco centímetros de busto. En conjunto, dos vómeres, cuatro fémures, diez metatarsos. Cuatrocientos doce pares de pedacería ósea. Dos bultos diminutos y encorvados, queriendo fundirse, invisibles, con la descomunal noche de la ciudad.

Así debió sentirse mi hermana minutos antes de la embestida.

Xavier llamó esa semana y la siguiente sin respuesta de mi parte. Habría pasado un mes más, sin mensajes suyos ni míos, de no haber sido porque recibí un mensaje de Simone. Cuando finalmente me presenté de nuevo al taller, Xavier fingió estar sorprendido de verme. Llegué cuando Karla, o Mónica o Denisse, comenzaba un relato sobre un gato. Perdí el hilo enseguida, sentí hambre y sed. Cuando aquella voz cesó, Xavier alabó las metáforas del texto pero

nadie más opinó. Hizo una pausa y soltó un resoplido antes de concluir:

—Ya les he dicho muchas veces, chicas, que el mal más grande de nuestra literatura vernácula es la voz femenina domesticada. Muéstrenme que las mujeres tienen más temas, que pueden escribir algo que no verse sobre el hogar, las mascotas y el desamor.

Entonces preguntó si alguien más quería leer y yo dije: “Sí, yo quiero”. Empecé la historia de una joven de diecinueve y un viejo de una cuarentena. Había una primera escena en la que él no podía tener una erección tras beber toda la noche; había una segunda en medio de una gala, en la que ella lo dejaba en completo ridículo frente a la sociedad de sus amigos y parientes; había un encuentro final en un motel mal iluminado en el que después de un sexo mediocre, él despertaba sedado, la cama volcada con la sangre de su glande emasculado.

Después de un silencio empozado, en el que las bacantes, Karla, Mónica y Denisse, parecían en trance, Xavier tomó la palabra.

—Además de lo que ya todas ustedes saben, que desapruébo absolutamente los finales sangrientos, me parece que la venganza está mal presentada, resulta, digamos, gratuita. La voz de tu narrador además no es creíble; lo haces lucir como un villano de pacotilla, le falta verosimilitud.

—Ésa es la palabra, verosimilitud —secundó alguna de las bacantes.

Xavier dio un largo respiro y dio el taller por concluido.

En la puerta del edificio le murmuré al oído:

—Asco; eso es de lo que trata el texto y no venganza como dijiste.

Xavier volteó para mirarme.

—¿Me vas a ayudar a tallerearlo? ¿A sentirlo en carne propia? Nunca me he acostado con alguien mayor.

Me miró desde un ceño que se contrajo nerviosamente, como la punta del cuerpo de un gusano partido por la mitad.

—Pensaba que ya no ibas a regresar; a veces la gente no tiene las agallas suficientes; pero tú eres diferente, tienes la voluntad de tu hermana.

Bajó la mirada para buscarme el escote pero esta vez llevaba una mascada sobre el triángulo de mi pecho.

—Te espero en la próxima sesión; llega una hora antes; tenemos que hablar sobre tu hermana.

Desde que me subí al vagón del metro el tipo había empezado a escabullirse entre las demás personas para llegar hasta donde yo estaba de pie, hasta dejarse caer y recargarse detrás de mí. En la mano yo llevaba una pluma con la que pensaba escribir algunas notas sobre Xavier, sobre la mirada con la que se había despedido, sobre sus pupilas grises llenas de miedo, o quizá de excitación. Me di la vuelta para mirarlo a los ojos. Antes de que pudiera entender el vacío escondido tras sus córneas, como la mirada de un recién nacido, o quizá mejor, como las pupilas saltonas de un gato acorralado, pasó un vendedor gritando algo sobre una poción

curativa. El tipo estiró su mano y la hundió en mi nalga izquierda. Yo le enterré la pluma en las costillas, pero ni se inmutó. Recogí hacia adelante el brazo, y me preparé para tomar mayor vuelo. Al girar, de frente, le ensarté la pluma en el oído con tanta fuerza que más que a un ser humano, su berrido remitía a los quejidos de un cachorro recién nacido. Bajaron la palanca de emergencia. En la siguiente estación me esperaban dos policías que me llevaron a un cuartucho, oficialía, ministerio público o lo que diablos. Al cabo de unas horas en las que nadie me dijo nada, sólo risas, miradas, frases sueltas (“Ésta es”, “Mira nomás, así me gustan, rete salvajes”, “Está buena pero aguas porque está bien loca”, “Lo que esta vieja necesita es una buena cogida”), vino un señor gordo en uniforme y placa a decirme:

—No se te acusa de nada, reina. Estás de suerte, el señor desistió. Pero tómallo como un consejo, porque yo tengo hijas de tu edad: deberías calmarte, una muchacha no debe ser así de mal portada —silencio, y no lo dice, pero lo piensa porque me mira el escote—. Ya puedes irte.

Hace tiempo no entraba al perfil de Facebook de mi hermana. Ahí sigue el memorial imbécil, convertido en pasarela, en mercado de trueque, en competencia de ignorancia y fariseísmo. “Se lo merecía”, escribe uno. “Todas se lo merecen”, escribe otro. “Váyanse al diablo, heteropatriarcado”, patroniza otra. Entra entonces un mensaje de Xavier. “Mañana a las ocho. Los dos. Solos”.

Xavier me debe una disculpa o eso dice. Conoció a mi hermana. Se aprovechó de su juventud, de su vulnerabilidad. No lo explica en esos términos pero lo tartamudea, atragantado en muletillas: el doctor en letras convertido en pordiosero del lenguaje. Termina con una frase bulbosa, como una cebolla con varias capas, hecha de materias disímiles, superioridad masculina, autoflagelación, hipocresía:

—Desirée siempre se sintió atraída por los hombres mayores; cuando le dejé en claro que yo era casado, quizá no lo tomó del todo bien, quizá entonces fue que buscó a... el asesino; quizá yo la orillé un poco a...

Pobre Xavier, pobres de todos los hombres del mundo que piensan que incluso en eso —en todo—, ellos solos deciden, ellos solos tienen el poder del titiritero sobre sus pasivas muñecas de trapo.

Es la última sesión del semestre y Xavier ha decidido dar una fiesta para celebrarlo. Afuera, en torno al fuego y la grasa muerta de un asador de metal, las cervezas se suceden entre maldiciones y risas, hasta que el anfitrión acapara la palabra para contar la anécdota del día en que conoció a un escritor español famoso, adicto a la cocaína.

Lo tiene bien aprendido, pensé. Es el mismo discurso del taller pero ahora adornado con el flujo del alcohol revuelto en su torrente sanguíneo.

—Dinos algo que no sepamos, Xavier —soltó Simone.

El aire se puso denso. Otras pequeñas alteraciones meteorológicas contribuyeron a una tensión gradual y ficticia. Una parte del cerco aprobó, la otra oleada de adoradores de Xavier seguía a la espera del contraataque de su líder espiritual:

—Yo lo que les reprocho a las mujeres es la voz: todas usan un tono impostado; cantan en falsete, como si fueran el *glam rock* de una generación. Créanme, no es una cuestión de género, no estoy contra las mujeres, estoy contra los malos escritores, punto.

—Sí, sí, la hoguera, la voz potente que hará arder la tierra —secundé yo—, esa historia es vieja y ya nos la sabemos.

Xavier calló. Todos callamos. Levanté la vista: Simone me devolvió una mirada sin altanería pero también sin sumisión. Con la mímica de los labios, me deletreó: *adentro*. Dejamos a Xavier, que comenzaba una serie renovada de apotegmas y de chistes ligeros, para adentrarnos a la casa, movidas por resortes de prisa y vértigo.

Pensé: ¿qué estamos haciendo aquí?, pero apenas crucé el umbral de la penumbra Simone me tomó de la mano y me llevó a la recámara principal, que conocía de memoria. Sus labios buscaron los míos, o quizá haya sido al revés. Tampoco sé si fue ella o yo la primera en acariciar y en lamer, en meter primero un dedo y luego dos y luego el puño como una cuña dentro de ella o dentro de mí, al punto que, casi hermanadas, alcanzábamos un orgasmo estruendoso, sin exageraciones, sin necesidad de fingir.

A las dos de la mañana Xavier gritó: “¡Abran!”.

—Nos quedamos dormidas —soltó Simone de manera tautológica mientras recogíamos en la oscuridad los pequeños bultos de nuestra ropa.

—Espera, quédate conmigo.

Le susurré algo al oído y abrí la puerta. Xavier estaba borracho, casi febril. Lo desvestimos, vendamos sus ojos y lo tumbamos boca arriba para atarlo a la cabecera. Una vez postrado, poseído por una especie de fiebre, indefenso como un pequeño gato maltés, encendí la luz y le dije *ciao*.

Perplejo, imposibilitado a articular más de tres palabras por el efecto de su propia ebriedad, Xavier sólo musitó, antes de que las dos saliéramos: “Viejas putas”.

Afuera, la casa era un mapa de desperdicios inorgánicos, vasos, platos y cigarrillos coronados por el humo que seguía muriendo entre un ejército de ceniceros improvisados. Tuve una revelación final. Antes de irnos, levantamos una pira con los cientos de libros de los héroes idolatrados por Xavier que adornaban la sala. Mezclamos algo del ocote que había sobrado del día anterior.

Y entonces comenzamos la hoguera.

Periféricos

A los dieciocho, cuando regresé de mi primera peregrinación turística parisina —mochila al hombro, cámara desechable, seis francos al día para comer— la niña rica de mi universidad —Pérez-Limantour, tercera generación— me interrogó sobre todo lo que había y no había podido conocer. Todos los bares, cafés y antros que nombró habían estado claramente fuera de mi interés y presupuesto. Lo que sí me dolió, en cambio, fue que me señalara el puente de los Enamorados y que yo no supiera de qué demonios estaba hablando.

Llegué a mi casa y con ayuda del explorador reconocí la escena, el montaje. Había visitado dos veces Notre Dame, había andado a diestra y siniestra en esa zona del río, pero, efectivamente, no había transitado el dichoso puente ni me había interesado descifrar

esos fierros incrustados en el barandal que, más que un altar de candados, parecían un *tzompantli*, cientos de cráneos del turismo mundial ofrendados al dios de la cursilería y el mal gusto parisino.

Luego —pero muy luego— hice un segundo viaje a París, a un congreso internacional de ingenieros. Y aunque los picones de humillación de la heredera Pérez-Limantour se veían ya como retazos de piel muerta, decidí que pararía un día en el puente de los Enamorados, por el puro placer de hacerme una *selfie* —una egofoto, o foto de ególatra, como la suelen traducir atinadamente los puristas de la lengua de Molière—.

El primer día en el congreso fue de reconocimiento y cansancio. El segundo fue el de mi ponencia. El tercero, el de reuniones informales de trabajo con mis pares latinoamericanos. Al fin, el día designado como libre en el calendario, pude visitar una serie de monumentos y plazas abiertas acompañada de Lauro, un colega chileno con quien había empezado un tímido cortejo. Durante mi larga carrera en una profesión casi exclusivamente masculina, conocía de memoria el fastidio de ser la única razón de ese *casi*, la nota de excepción en el tufo a encerrón de testosterona lo mismo en las aulas de la facultad que en las oficinas de la trasnacional donde trabajaba, o también en la rutina de los coloquios internacionales. Las choteadas frases de adulación o de acoso, las torpes maneras de intentar algún lance, las miradas de sadismo. Pero Lauro había sido lo suficientemente listo como para hacer pasar todo por un coqueteo mundano, casi involuntario, un juego bien aprendido por él y que en esos días yo estuve dispuesta a jugar sólo por cambiar de aires, por abandonar las soledades propias de mi tercer divorcio.

Hacia el atardecer quedamos de vernos en un café de una dudosa tradición surrealista. Frente a una taza de porcelana obscuramente cara, Lauro me terminó de contar una historia ya empezada sobre por qué, cómo y cuándo había vivido en París. Resultaba ser mi gemelo de divorcios: en su versión de los hechos, el segundo había sido peor que el primero, y el tercero peor que el segundo y aunque no pensaba en una cuarta vez, a veces fantaseaba con la pírrica victoria de ser él por vez primera quien abandonara, quien terminara la relación sólo por economía emocional y financiera: para ahorrarse el desastre de las despedidas.

Cuando llegó mi turno en el juego de las confesiones, callé los detalles de mi expediente marital, pero le confesé que nunca me había sentido tan a gusto en mi vida, sin ataduras de hijos ni de esposos. A punto de irnos, le conté la anécdota del puente, de los comentarios de la niña rica y mimada que todavía me punzaban y mis intenciones de resarcirme, de transitar el *tzompantli* de la cursilería parisina. Me preguntó, con vieja retórica, si al visitarlo juntos, justo a esa truculenta hora de la caída del sol, no podría alguien malinterpretarnos como una pareja de recién casados. Le respondí que pensaba ir sola y que nadie lo estaba invitando. Se carcajeó en mi cara y me acusó de falsa indignación, de estar actuando el final de una serie de flirteos, y de no saber cómo invitarlo a una segunda cita. Había mucho de ensayado en su respuesta, en los movimientos relajados de sus músculos faciales. Todo parecía una estrategia de ligue salida de un tutorial en línea sobre seducción macho-alfa-numérica. Aun así, Lauro me parecía lo suficientemente atractivo como para continuar el juego, y fui yo quien lo invité esa noche al bar de nuestro hotel.

El domingo, después de un día entero entre las sábanas de su cama —parecíamos haber recuperado la libido de un par de animales pubertos— decidimos tomar el desayuno en el mismo café surrealista de la víspera de nuestro encierro. Luego de burlarnos de ser un cliché parisino —enamorado al pie de la Torre Eiffel—, caímos en cuenta de que la mañana siguiente los dos debíamos regresar a nuestros países americanos. Estaba claro que aquello era el final de un par de noches de calentura y cogedera.

—No quiero arruinarnos este delicado momento, pero quería decirte que hace cuatro semanas me diagnosticaron cáncer de próstata.

Sorbí un par de veces el café mientras sopesaba mi respuesta. Pude haber elegido el humor, hacer referencia a sus múltiples erecciones la noche anterior, que no podían envidiarle nada a un adolescente sano víctima de sus propias calenturas. Pude improvisar un automático “lo siento, estoy segura de que podrás vencerlo”; etcétera. Pero elegí el silencio.

Los dos convenimos en que las despedidas eran, además de ridículas, insoportables, por lo que debíamos disfrutar del desayuno como del último momento sin pensar en nada más que la preparación de las maletas y las compras de esas baratijas que mis paisanos mexicanos siguen llamando *recuerditos*. Le dije que todavía me quedaba tiempo para visitar el puente de los Enamorados. Que iría esa noche y que esta vez, de verdad, no lo estaba invitando.

—Anda, ve tú sola. Yo tengo varios pendientes que arreglar, pero ¿quieres mi opinión? No hay nada que ver en ese puente; te lo dice alguien que vivió cinco años en esta ciudad. Si buscas una

postal auténtica, envidia de esa riquilla del colegio, una que nunca podrán tener los japonesitos esos que recorren sus hostales con fotocámaras de cuatro mil dólares, aquí mi consejo: se llama *le périphérique*, sí pues, es un periférico, como el que ustedes tienen en México, pero a la francesa. Lo chévere es que desde un ángulo te muestra toda la ciudad, como si vieras todo el espectáculo desde fuera, sin nada de idealismos ni cursilerías. Un lugar crudo, brutal, bizarro.

Me dio santo y seña del lugar y me prometió que si llegaba antes de medianoche nos podíamos encontrar ahí para después ir a bailar a un bar de ambiente latino que frecuentaba cuando su época parisina.

—¿No contravendríamos con eso nuestro pacto antidespedidas?

—Seguramente —dijo—, pero, qué diablos.

Teníamos la noche para habitarla, antes de nuestro vuelo matutino.

Nos apartamos en el *lobby*. Me sentía cansada y sin mucha resistencia me quedé dormida. Aunque corto y demasiado bobo y literal, recuerdo el sueño que tuve durante esas horas de siesta: estaba en casa de mi primera exsuegra. Ella me preguntaba con ese aire de superioridad con el que siempre había querido dejar en claro mi lugar de segundona en el corazón de su edípico hijito mimado: “¿Y conociste por fin el puente de los Enamorados?... Mira que haber estado en París y no conocer ese puente... vaya desperdicio”.

Desperté y eran las diez; no me había propuesto reunirme con Lauro pero tampoco quería pasar mi última noche en París encerrada en un hotel. Tomé el metro hasta donde alcanzó; después era necesario salir a la superficie y seguir el trayecto a pie. Llegué a la estación Puerta de la Villa y luego tomé la avenida del Camino de Fierro; luego me perdí hasta que di milagrosamente con la calle de la Alambrada que era el punto de reunión. Calle de la Alambrada esquina con un periférico parecido al de México, como lo había profetizado Lauro, pero más elevado y más solitario. Sentí la misma sensación que me invadía en cada recorrido para llegar hasta el suburbio donde he vivido toda mi vida, una mezcla de dulce soledad y eterna desolación.

Apenas llegué me sentí estafada. El humor de Lauro daba para eso. No había un alma ni debajo ni encima del puente. La iluminación era nula y, a no ser que estuviera en el ángulo equivocado, la ciudad quedaba oculta, triunfal y burlona, tras un par de edificios aburridos y ufanos. El escenario no iba a ser el punto de reunión de nada porque ahí no había vida humana posible; era un punto ciego, un mirador sobre un terreno lleno de basura y grafiti, con material de construcción apilado sobre la parte que daba al río. La calle, además, estaba cortada por barricadas del ayuntamiento donde se leía “Trabajos de renovación estructural en el asfalto”.

Una sombra se materializó frente a mí a unos cuantos metros y, aunque sentí pánico, era tarde para reaccionar con brusquedad. Vi las facciones hendidas de un marroquí que me ofreció cocaína y luego me pidió dinero. Le di cinco euros para que me dejara en paz. Esperé a que se alejara para emprender la vuelta al metro cuando

volví la vista sobre el puente. Lauro apareció con gesto de Cristo piadoso para mirarme con unos ojos de satisfacción que yo tuve que traducir: “Te necesitaba aquí como la *voyeuse* de un acto que sólo con testigos vale la pena de ser ejecutado”.

Se lanzó extendido de espaldas y aunque la altura no parecía letal, Lauro lo había calculado tan bien que los inmensos bloques de concreto, que eran parte del material de construcción, desperdigados sobre la zona terminaron por desnucarlo. Oí el cráneo reventar. Oí los demás huesos crujir. Oí las sirenas de la policía llegar después de mi llamada al número de emergencia internacional.

Tuve que posponer mi vuelo a México a causa de los trámites policiales. Antes de dejar definitivamente París, visité el puente de los Enamorados. Pensé en colgar ahí el único objeto que había conservado de Lauro, pero preferí ofrendarlo a las grises aguas del río Sena. Quería borrar cualquier remota posibilidad de que algún turista se sintiera un día con derecho a retratarnos.

El vicario

Se llama Lola. La encontré hace días esquivando los autos, llena de costras terrosas y moradas. No dice su edad pero tendrá unos quince. Los brazos flacos, la piel delgada, los huesos cortos de ternera adolorida.

En la calle, algo la había empujado hacia mí. Me escrudiñaba a través del parabrisas, fundida su mirada con la negrura de la oscuridad, sólo interrumpida por el destello de un semáforo que cambiaba de rojo a verde.

En cambio, aquí, Lola no me mira. Dudé en traerla pero me pareció la única respuesta humana ante algo semejante. La subí por las escaleras arropada con mi chamarra para evitar la mirada inquisidora y metiche del conserje. Estoy cansado. Lola duerme en el sillón como un fantasma. Quiero explicarme una vez más para

qué la he traído. Es inevitable poner en duda este experimento humanitario.

Miro a Lola toda flaca. Estoy seguro de que ella come. Muchas veces he llegado de la oficina y no he encontrado nada de lo que había dejado en el refrigerador un día antes. Ella debe vaciarlo por las tardes, cuando tiene tiempo para arrancar las hojas de mis libros, probarse mi ropa o afilar sus dientes contra los bordes del sofá-cama.

Cuando regreso de mis doce horas de ausencia, ella está ahí, deshinchada, como una pequeña mancha de huesos, piernas y espalda. A veces la he arropado, pero a la mañana siguiente ya está de nuevo en harapos, sin cobija, sin nada que le estorbe.

Ayer Lola dejó de fingir que estaba dormida cuando vio por sus ojos de rendija el paquete que tiré sobre la mesa. Se levantó para rasgar con el deseo de encontrar algo. Decepcionada, repasó con el tacto las tapas de dos libros que debo reseñar para el periódico. Se detuvo en la portada de la última novela de Fernando Vallejo: *L-a pu-ta-de-b...* ¿Escuché silabear a Lola o sólo me lo imaginé? Imposible que Lola pueda leer.

De entre las hojas cayó una de las fotos con las que voy a acompañar la reseña. Es la imagen corcovada y ojerosa de un viejo rodeado por doce perros callejeros. En la presentación, Fernando

Vallejo despotricó contra la estupidez humana y contra nosotros los asistentes. Todo ocurría mientras esos doce cancerberos rabiaban dando vueltas sobre sí mismos. Habló de Juan Pablo II —que él llama Wojtyla—, condenador del condón y del aborto. Dijo que era una pena que la fortuna vaticana no se invirtiera en los huérfanos y los malnacidos, y que nadie se preocupara por esos doce perros hermanos suyos.

—¿Conoces al papa? Juan Pablo, Wojtyla, el vicario de Dios en la tierra.

Pero Lola se encoje de hombros sin mirarme hasta que me entran unas ganas de contarle. Titubeo porque, pensado el asunto dos veces, no podría explicarle quién es Vallejo ni de dónde salió Wojtyla. Dudo de mis adjetivos. No sé si embarrarle la etiqueta de *animal* y *callejero* será cortés dada su situación; si ella podría distinguir el matiz de la ironía y la solidaridad de mi discurso. Desisto y concluyo que la retórica es un arte burgués inventado por ese otro gran burgués Cicerón-Wojtyla de frase memorable: “Existan o no los dioses, ellos no se ocupan de nosotros”. La prueba está en Lola, que prefiere extenderse indiferente, intransigente y lábil, hasta quedarse dormida antes de que yo pueda ocuparme de cubrir su cuerpo.

¿De qué hablo con Lola? Un monólogo apenas. Con ella es como pintar un muro blanco que, salpicado de palabras, va llenándose de hormigas, abigarrándose en una textura apenas humana. Desde el incidente de Vallejo, todas las noches le pregunto a Lola

por Wojtyla, y ella se ríe porque no entiende y luego se pone seria hasta que yo rompo la tensión con alguna chicanada.

Pienso en la manera en la que aprendemos el lenguaje. Pienso en la caja de Skinner —ese sabio que metió a un niño en una jaula y descubrió después a un perro, a un perro muerto—. Pienso en si los animales tendrán sentimientos. ¿Lola acumula odio? ¿Sufre indeciblemente por el daño psicológico de su padre? Seguramente no. Lola está delgada y desnutrida, pero jamás ha oído de Freud, ni sabe de su padre. Wojtyla, Freud, Vallejo, Cicerón... Lola no carga con el peso de la civilización. Lola, gracias a Dios, no es humana.

Hoy Lola ha encontrado la regadera de la misma manera que mis libros, el radio, mis relojes y todo con lo que se ha topado en esta casa: por sí sola, acompañada de una buena dosis de curiosidad y fortuna. Está desnuda y escurre agua. El húmedo olor a jabón entra y sube hasta mis pómulos y luego llega a mi saliva. Me aprieto contra sus huesos de ternera. Con un tronido, se abren, hasta que, rápido, entro.

A últimas he pensado en la animalidad de Lola. No me molesta tenerla en casa, me incomoda que se haya convertido en un mueble de pragmática ingeniería sueca, que no ocupa espacio y me hace sonreír satisfecho. A fin de cuentas yo nunca me he sentido a gusto con perros lamiendo cosas por la casa, ni gatos que suelen llenar

todo con su pelusa asfixiante. Tampoco puedo retenerla como a una hermana o una hija. Atrás quedaron las épocas de los idealismos. Estoy demasiado viejo y cansado para educar, para convertir este cuarto en una bondadosa caja de cristal de Skinner donde poder enseñarle a Lola el lenguaje afectivo de un retórico *buenos días, por favor, gracias* y luego, cuando por fin estuviera lista, sacarla a la calle, sólo para verla caer hasta un nuevo semáforo y echar raíces dentro de otra alcantarilla.

Lola no parece entender mi dilema porque no responde, no piensa. Sólo me mira: transparente inocencia de la felicidad ignorante. O para citar otra vez a Vallejo y a Cicerón y a Wojtyła: “No hay ser más feliz que el que nada sabe”.

Afuera, un auto prestado nos espera. Lola negó vestirse pero ante mi segunda petición aflojó la voluntad dejándome abrigo y abrigo yo mismo. El motor está en marcha. No dice nada, con la vista fija en el suelo del auto. Su actitud me irrita, tomo la carretera, lejos, avanzo, lejos, aumento la velocidad, más lejos, árboles y más velocidad, ráfagas negras y verdosas zumban por la noche que cae sobre la carretera que dejo atrás, freno, más lejos, me deslumbran unos faros amarillos, apenas logro esquivar una curva y estamos a punto de estamparnos, sigo, más lejos, hasta que mareado, lejos, descubro una parte solitaria de la ciudad en la que nunca había estado y con certeza tampoco Lola.

Conocemos el final. Sin violencia, sin forcejeos, sin gestos innecesarios. Lola sabe lo que tiene que hacer: abre la puerta y

se baja, la cierra, suave, con un silencio imperturbable, mientras me mira detrás del cristal, muda, interrogándome. Yo le respondo que sí en silencio, moviendo la cabeza le digo que la respuesta es sí, mientras ella murmura algo, apenas unas primeras palabras.

Ustedes no existen

No hay palabra en el asombro,
tan sólo el silencio y a lo más una exclamación.

M. ZAMBRANO

1

Es una costumbre universal atribuirles una fuerza determinista a los nombres. Y si es universal es también judía. Es, por sobre todas las razas, judía. Los mandamientos de Moisés prohibieron a su pueblo hacerse imagen y semejanza de cualquier cosa arriba en el cielo o abajo en la tierra por lo que a nadie debe extrañarle que después de dos mil años, en sinagogas, plazas y mercados, se siga condenando la falsedad de las imágenes y se defienda con fervor patrio la fe en El Nombre.

Avram Noah Shuuman nació bajo las supersticiones del patriarca Abraham, pero también de Noé y de Isaías. Esa fuerza genética tripartita lo desvió del camino de la poesía —que en su

adolescencia sintió como su verdadera vocación— para alinearlo definitivamente bajo el fanatismo de las matemáticas. En los primeros escritos de Shuuman es interesante leer, junto a algunos balbuceos infantiles, cierta voz de diluvio con la que condena a sus colegas matemáticos por fariseos; cierta voluntad profética de arrasar con todo el devenir científico y llamar a un renacimiento a partir de una sola hipótesis: el hombre, más cerca de la máquina que del chimpancé, puede ser entendido a partir de un número, una raíz, un algoritmo. Avram N. Shuuman, primer profeta matemático del siglo xx, proclamó la necesidad de interpretar mediante cifras la realidad estadística del microcosmos llamado hombre y también mundo.

2

En el otoño de 1998, el profesor Jean Marie Duffy viajó para dar una serie de conferencias en la Universidad de Pensilvania. A Jean Marie —así le gustaba ser tratado, sin el protocolo del usted ni del Duffy— le precedía una fama digna de un cantante de *rock* en los medios europeos. La mayor parte de su estancia la pasó semiebrio en los clubes desnudistas más exclusivos de la zona. No era que Jean Marie fuera un borracho perdido; se trataba, en todo caso, de un hedonista, un hombre que a sus sesenta años, y con el fin de su carrera cerca, prefería pasar la noche acompañado por una prostituta que completamente solo entre libros de teoría política.

Los aplausos, las palmadas, las lisonjas fueron la huella que dejó el francés en costas californianas al término del curso. Su

programa de investigación se resumía así: algo estaba podrido en Europa, en Dinamarca y en Pensilvania. Desde el principio de los tiempos, las palabras no eran sólo palabras, eran actos de violencia, atropellos de la justicia y del Estado en contra del individuo. Ningún nombre era inocente. Si los médicos habían inventado terminajos como *cefalea* para designar un simple dolor de cabeza, y si el latín sobrevivía a todas las edades, era sólo para perpetuar el dominio de unos cuantos cerdos. El derecho, la religión, la medicina oscurecían su lenguaje, se llenaban de términos científicos para escamotear ante el profano la verdad más trascendente: los nombres se ejercen con el único fin de ultrajar al ignorante.

A Duffy, sin embargo, algo lo dejaba insatisfecho: hablar con tanta libertad, decir lo que uno realmente quiere, debía costarle a alguien la vida como en la Edad Media, o todo era contradictorio. Si denunciar a la Iglesia, al latín, al poder y hablar sobre ello con total libertad era imposible en un mundo empeñado en la violencia del lenguaje, ¿por qué entonces él podía hablar así?; ¿por qué tenía que usar una lengua prestada y aprendida a violencia, como el inglés, para decir algo que era suyo? Pensó en la proverbial estupidez estadounidense. Alguien entre su público californiano tenía que haber advertido la contradicción, la violencia que él mismo había ejercido sobre ellos con sus ideas o todo habría sido vano. A cambio de su prédica en Pensilvania había recibido no preguntas, ni siquiera insultos, sino vanagloria, aplausos huecos y gastados. Un soplo de masoquismo tensó su imaginación: quiso ser un viandante de la Edad Media, muerto y carcomido entre el fuego dulce de una quemajosa hoguera.

3

Tal como se insinuó posteriormente, nada había de original en el pensamiento de Shuuman. Otros ya habían dicho antes cosas parecidas —hay quien ha señalado a Bruno, a Mendel y a Saussure como sus más visibles acreedores— pero sólo Shuuman partía de esta pregunta: ¿cuántas palabras existen para nombrar la realidad en un idioma? ¿Cuántas de éstas pueden reducirse a una categoría? ¿Cuántas podrían caber en un algoritmo, en un número? En la mente de una computadora, propone Shuuman, todo se uniforma: el mundo es un gran libro compuesto sólo de ceros y de unos. Todas las naciones y sus lenguajes están determinados por una o máximo dos palabras que pintan su universo lingüístico.

En Shakespeare, razonaba Shuuman, es de capital importancia que predominen los vocablos *sueño* y *sangre*, sobre *compasión* y *amor*, y que en el drama *Macbeth*, se hable más de ropas y trapos que de pecado y culpa: el inglés es un idioma rapaz, que huele a usurpación y matadero pero nunca a afectación ni a divinidad, como el español o el francés, hijos bastardos del cristianismo romano. Ese hecho debería explicar la libertad de Estados Unidos frente al atraso de las culturas latinas, su gusto por la religión, la muerte y el masoquismo. Si la vieja Europa latina era el cero, la América anglosajona, concluía Shuuman, era un uno.

4

Soy el espíritu del viejo Gorgias reencarnado y vengo a reivindicar mi nombre. Por ahí existió un burgués lleno de amargura apodado Platón que reclamó la verdad como suya y que reencarnó luego en Jesús y luego en Mahoma, fariseo de fariseos.

Mas yo no tengo nada que ver con ellos. Yo soy el espíritu del viejo Gorgias reencarnado y éste es mi evangelio: la verdad es una mentira dulce; la mentira, una verdad amarga. Bienaventurados los mentirosos porque ellos conocen el corazón del hombre y saben que la mentira no se halla en las palabras, sino en su corazón...

Jean Marie escribió varios párrafos más pero los borró con la presión continua del *backspace* del teclado. La sensación de estar aplastando el botón y verlo correr hacia atrás le resultaba terapéutica y podría haber seguido borrando las cuarenta páginas del documento —Duffy preparaba una autobiografía donde se proponía un tono lírico y de nulo rigor filosófico— de no haber sido porque en ese momento su teléfono vibró con un mensaje de texto. “Hola, soy Claire, espero que no te moleste, el profesor Blaker me dio tu número. Estaré algunos días en París. Ojalá podamos encontrarnos”.

Se sintió, por segunda vez en el día, triste y dulcemente viejo. Claire: asistente del profesor Blaker. Blaker: su contacto desde el principio en Pensilvania, buen anfitrión, aunque frío y resueltamente fantoche. Claire: unos cuarenta, quizá menos, de cierto apellido judío que no recordaba pero que explicaba sus ojos verdes, su dieta, su tendencia genética a ensancharse de las caderas como una vaca pastando a cielo abierto.

Quedaron de verse en un café a la salida del metro Monceau. Claire estaba impresionada por la Torre, por el Louvre, por la enorme cantidad de arte que podía respirarse en la ciudad.

—¿Notaste la basura?... Hay una asociación de japoneses que se llama algo así como Asociación para los Visitantes Deprimidos de París... El caso es que estos japoneses de pronto se dan cuenta de lo enormemente asquerosas que son nuestras calles; a qué punto están llenas de papeles, de cigarrillos, de botellas que nadie recoge; eso es inconcebible para su imagen de una París pulcra, la capital de la cultura. Y entonces cuando regresan tienen sesiones de terapia colectiva contra la basura parisina que tanto los deprime, ¡como si los turistas mismos no fueran la única mierda digna de terapia!

Duffy notó la incomodidad de Claire tras su monólogo pero no quiso corregir. Era demasiado tarde para recobrar la frase, para aclarar: “pero no pienses que... sólo incluyo a los turistas nipones, los estadounidenses como vos son una monada”. Estaba demasiado viejo para decirle cosas lindas con tal de llevársela a la cama. Después de un silencio en el que el vino trabajaba la mente de cada uno y las palabras se iban devorando las unas a las otras, Claire finalmente lo sugirió:

—¿Vives cerca de aquí? Me gustaría conocer un hogar francés.

—Sí, pero hoy no puedo, me están esperando.

De vuelta en su casa, Duffy fue recibido por su computadora portátil y una autobiografía tronchada y megalómana. Desde su tercer y último divorcio no había querido la compañía de nadie; guardaba un rencor especial contra los gatos.

5

El pensamiento de Shuuman logró salir del anonimato gracias a un golpe de suerte. Sus ideas eran atractivas y hasta brillantes, pero la circunstancia definitiva que lo catapultó como un matemático respetado en la Costa Este no fue ni académica ni científica.

El otoño de su graduación, Shuuman conoció a Claire Stein, una estudiante de primer año de pechos atrofiados y pequeños dientes de ratón, aunque de cierta belleza infantil tan poderosa que Shuuman se olvidó de las bibliotecas en favor de los salones de baile que ella frecuentaba. La pareja se embarazó unos meses después y, aunque decían rechazar todas las instituciones impuestas por la burguesía caduca, decidieron casarse. La madre de Claire trabajaba en el departamento de publicaciones de la Universidad de Pensilvania. Cuando llegó la tesis doctoral de un Shuuman casi pospúber a su oficina, la señora de Stein logró colar el manuscrito de su yerno entre los proyectos urgentes para dictaminar. Apenas unos meses más tarde, la prestigiosa editorial de Pensilvania publicaba el polémico *Lenguaje infinito, número finito* como signo de buena fortuna para la unión Shuuman-Stein y la bebé en camino.

6

Claire no era de las que se derrotaban fácilmente. Con tres meses por delante en París volvió a la búsqueda de Jean Marie. Hablaron de vinos y de filosofía. Jean Marie le contó la desilusión de no

haber sido vilipendiado en su primer viaje, aquello de la violencia, aquello de la hoguera.

Otro viernes, en un café cerca del metro Saint Denis, el profesor francés tuvo que admitir con dulzura y derrota, a pesar de treinta años de sostener lo contrario, que algunas estadounidenses podían ser intelectualmente atractivas y que no todas encajaban en la categoría “joligudescamente estúpidas”.

7

En los días de la publicación del libro, las computadoras empezaban a existir pero Shuuman calculó que con la Univac I, recientemente comprada por la universidad, toda la información de Shakespeare más todo Chaucer, todo Blake y un cuerpo vastísimo de poemas anónimos del anglosajón podrían arrojar resultados concluyentes.

A Shuuman lo entusiasmaba la idea de tomar un corpus de cualquier índole —ciencia, política, arte— y contar la frecuencia de sus palabras; ver el mapa de vocablos que la máquina arrojaba y concluir, sin necesidad de discutir sobre la vida o el estilo del autor, qué tan lejos estaba un texto de otro.

Por aquella época, el profesor se había obsesionado con la guerra; quería saber qué tanto variaban en léxico los textos del convulso periodo del Reino del Terror sobre territorio francés y el vocabulario de los diarios de entonces sobre la ofensiva estadounidense en Vietnam.

Después de varias peticiones oficiales, Shuuman obtuvo un permiso para trabajar con la Univac I. Durante las noches, cuando

el departamento de energía atómica de la universidad dormía, Shuuman y la madre primeriza, Claire, hacían guardia detrás del armatoste, como dos veterinarios de zoológico detrás de un rinoceronte a punto de parir.

8

La primera vez en su departamento su carne vieja le cobró factura y ella, indecisa, no supo cómo ayudar. Pero la segunda noche, Claire ensalivó su pene flácido con paciencia y frenesí.

Por los próximos tres meses, la escena de sexo doméstico se repitió con una frecuencia inusitada para la vida de un viejo a punto de jubilarse de la cátedra de Filosofía Política de la Sorbona, que entonces comenzó a barajar la posibilidad de escribir no una autobiografía, sino una novela sobre Epicuro y la resurrección de la carne.

9

Los resultados arrojados por la computadora-refrigerador fueron contundentes. Tanto Robespierre como sus adversarios usaban con alarmante frecuencia (más de quinientas incidencias en textos de diez veces ese número de palabras) la palabra *terror*, la palabra *defensa* y *libertad*, en fin, la palabra *armas*. Lo mismo hacían los periódicos estadounidenses en proporción; a ambos podía achacarse el monopolio del terror y de la sangre.

Con estos datos el matrimonio publicó un pequeño artículo firmado en conjunto, que la propia Claire, a punto de titularse en Literatura Comparada, complementaba con una reflexión sobre una variedad de los pueblos yaks que no conocían la guerra porque tampoco en su cultura oral, concluía Claire, se conocían ni se usaban palabras como *guerra*, *venganza*, *armas*. El último párrafo contenía una pregunta retórica sobre en qué medida habían influido en occidente movimientos izquierdistas y contrarrevolucionarios en la desaparición de la violencia, si en el fondo su discurso no distaba tanto de las fanáticas invectivas del ala conservadora.

Los mormones, testigos de Jehová y demás sectarios bíblicos de la universidad ni siquiera se tomaron la molestia de leer. Al ala liberal y anarquista, en cambio, las conclusiones de Shuuman y Stein le parecieron ridículas. Un jovencito de nombre Avram Noam Chomsky tuvo que escribir una contrarrespuesta donde ridiculizaba la postura del artículo. Para hablar en contra de la violencia se tenían que mencionar las palabras *sangre*, *armas*, *guerra*, no había otra manera; pero no era lo mismo que se condenaran esos hechos a que se alabaran. La estadística no servía para entender la calidad humana del lenguaje.

Claire no tomó a mal el libelo de Chomsky, pero Shuuman se sintió humillado. Su decisión era inamovible: dejaría su promisoría carrera académica para aceptar dar clases en una preparatoria minúscula y sin pedigrí del sur de California.

10

—¿Me amas?

Lo soltó en medio de la nada, como un exabrupto motivado por la ansiedad que le generaba el inminente regreso a California. Jean Marie la miró y repitió con una voz seca, sin burla, más bien con desencanto:

—¿Me amas?... *Words, words, words...* Ésas son sólo palabras, Claire, y yo ya estoy demasiado viejo para las palabras.

11

Apenas dos años después de nacida su última hija, el patriarca Shuuman-Stein visitó por tercera vez el hospital. Las cosas evolucionaron rápido hacia el único final posible para una enfermedad congénita y degenerativa. En menos de un mes se multiplicaron sus hospitalizaciones hasta que, un jueves de Corpus Christi, Shuuman fue encontrado muerto, sin la sonda que le administraba calmantes y penicilina, en el cuarto privado de un hospital general. Al día siguiente, la Universidad de Pensilvania publicó una modesta esquelera en la que se reseñaba la carrera de uno de sus potenciales pero malavenidos hijos pródigos. Según la costumbre editorial de la institución, ninguna referencia personal se hacía ni a la viuda, ni a los cuatro hijos que había dejado atrás el finado.

12

Cuando recibió otra invitación de Blaker para dar una continuación del curso previo en California, Jean Marie no pudo ocultar cierto gusto, como de niño pícaro, por saber que volvería a ver a Claire sin tener que rebajar su enorme orgullo al drama; sin tener que explicarle cuánto la extrañaba (*words, words, words*). Los dos se habían despedido en su departamento de París con la sensación impersonal de lo doméstico, de lo irremediable.

Mientras se embarcaba en el Aeropuerto “Charles de Gaulle” de París, se miró en un cristal polarizado y vio en su facha las maneras de una personalidad: vio el rostro de un conquistador, vio la maleta y el iPad de un hombre de negocios, vio, en fin, las ropas cómodas de un *rockstar* de la violencia y no de un monje medieval. Estiró su saco, se aplanó las solapas. En ese preciso instante no envidiaba a nadie en el mundo y se sentía superior a los políticos y a los hombres de negocios que deambulaban con él en la fila de espera de la primera clase para abordar el Boeing estadounidense.

13

El servicio se había planeado como una ceremonia ecuménica mezclada con algunas supercherías judías. En medio de un camposanto de un verde azul casi marítimo, entre un cortejo de una veintena de personas, recitaba el orador: “Así estaba escrito, todos tenemos nuestro destino escrito y eso debería ahorrarnos tanto dolor”. Enfundado en un abrigo negro que le sentaba

demasiado grande y acentuaba la improvisación de su disfraz, Josef, un amigo del matrimonio Shuuman-Stein, hizo un gesto con la mano para dar a entender que había terminado el monólogo. Los enterradores comenzaron a bajar el féretro; los cuatro niños Shuuman tiraron flores mientras la tierra húmeda iba amontonándose hasta compactar la caja de su padre.

De vuelta en casa, la pequeña Claire pidió hablar con su madre: quiso saber en dónde y quién había escrito nuestros destinos y, sobre todo, en cuál de todos los anaqueles de la biblioteca de papá podía consultarse ese libro.

14

No había tenido tiempo de preparar nada especial para la conferencia inaugural, pero pensaba leer algunas páginas avanzadas de su autobiografía. Mientras atravesaba el océano tuvo tiempo de borrar la palabra *terrorismo*, que se repetía tres veces en menos de dos párrafos, y presionó con sus dedos sobre la pantalla del iPad, para teclear “debes buscar algunos sinónimos, Jean Marie”.

Ustedes, señoras y señores, no existen. Vous, mesdames et messieurs, vous n'existez pas. Su mundo son todas mentiras. Su universidad, sus títulos, sus academias son todas mentiras. Sus autos, sus ropas, sus marcas han sido diseñados para poner un margen a su ser, para darles su existencia, pero ustedes, señores y señoras, no existen. Lo único que existe es su violencia, lo único que tiene esta generación es la violencia y ni si quiera eso. Violencia, terror, muerte son palabras que ustedes no

inventaron. Ni siquiera sus palabras son tuyas, no permanecen, no son, no existen...

Algunos cuerpos entre el auditorio empezaron a moverse nerviosamente. Un tipo con gorra de los Yankees se paró de lleno, dándole la espalda a Duffy, pero no por grosería hacia el contenido de su discurso, sino para entender de dónde venía tanta inquietud. Todos lo imitaron, puestos de pie, movidos por un resorte que los lanzaba hacia ese arroyo tembleque que venía del pasillo. Alguien gritó una orden y todos se lanzaron al suelo; se escuchó con claridad una ráfaga de balas: algunas cerca, otras lejos, otras demasiado cerca.

Los disparos cesaron. Blaker miró a Jean Marie sin poder decirle nada. Luego entró una llamada al teléfono del profesor; se acercó a la puerta arrastrándose como una cucaracha con manos torpes y patas resbaladizas hasta que dio un giro para volver hacia atrás. Las primeras versiones hablaban de terroristas que habían tomado el edificio, otros decían que grupos radicales ortodoxos estaban atrincherados en el patio. La gente ya no estaba pecho tierra, pero debía permanecer dentro de la sala de conferencias hasta que hubiera más noticias.

Jean Marie se sintió bastante idiota con todo ese discurso sobre la violencia que apenas había logrado balbucear. Miró a Blaker desenchajado y le preguntó por primera vez en todo el viaje dónde estaba Claire. “Todos están muertos”, contestó Blaker como un *zombie*, sin quizá haber entendido la pregunta. ¿Hablaba de Claire? ¿Muerta, ahora? ¿La mataron estas balas? Pero Blaker tenía la mirada en el vacío, hacia cualquier parte. “No quiero morir a manos de estos terroristas”, devolvió. Terroristas es sólo una palabra, una

muy estúpida, igual que tú, igual que todos ustedes... que todos nosotros, pensó Jean Marie, pero no le parecía el momento para retractarse, menos frente a un interlocutor que estaba a punto de tirarse al suelo y en posición fetal ponerse a berrear como un niño preguntando por su madre.

Jean Marie lo miró con incredulidad y rabia, como se mira el retrato indeseable de uno mismo en el espejo, como se mira el fuego limpio e inexorable en el fondo de una hoguera.

La rabiosa envidia

Voy a hablar de lo otro, de lo que se calla,
de lo que se piensa y se siente cuando no se piensa.

I. ARREDONDO

Llevo casi tres años intentando pasar en limpio la historia de las tías y hoy por la tarde, por fin, me he tenido que dar por vencido. Recibí llamada de Jonás: “Hablo para darte la noticia, primito, el domingo estrenamos la película en casa de la abuela”.

La casa estaba en San Ciro, un pueblo dejado de la mano de Dios y de Satanás, por partes iguales. Una zanja que había sido un río, una plaza, veinte calles y así conservado desde el siglo XIX. Los mismos escenarios de la pasarela de las tías, su refugio donde matar el tiempo.

La carretera se hacía lenta y yo evitaba usar esas horas para pensar en Jonás. La historia no podía ser propiedad de nadie, era de ellas en todo caso, pero yo le había pasado mis dudas y mis ganas de ponerla por escrito. Y ahora él le había endosado sus apellidos.

Hace unos cinco años, el tío Alejo me regaló una caja con fotos y documentos, entre ellos el diario de la tía Dolores. Doloritas y Águeda eran cuatas o eso les gustaba decir, porque aunque tenían las mismas facciones y les gustaba vestirse de gemelas, habían nacido en años distintos. Prometieron quedarse solteras pero, al final, Águeda se casó y Dolores tuvo que resignarse a vestir santos.

En su diario, Dolores daba su versión: antes de cumplir trece, las dos hicieron la promesa de quedarse juntas y sin hombres; pero la promesa venía acompañada de un ritual. Las dos tenían que quitarse la tentación con el fuego y unas tijeras. El diario no entraba en detalles pero yo suponía que se trataba de meterse unas tijeras en la vagina hasta sangrar. Dolores sólo aclaraba que después de que Águeda hubo cumplido con su parte —el hierro frío y doloroso en las entrañas—, ella se desmayó. El abuelo estaba de viaje; la abuela, muerta hacía dos años. Ningún criado se inquietó por esa encerrona de ocho días en cama que la llenó de fiebres y malestares. “Cada vez que orinaba —escribe— hacía sangrado y pus”. Dada la repulsión que le provocaba la sangre —“no puedo ni verla, menos ahora y ni siquiera en los animales de la cocina”— nunca pudo emparejar su parte del rito con Águeda y tampoco ella se lo pidió jamás.

Jonás y yo hemos discutido la veracidad del rito. Dolores murió loca aunque en casa e inofensiva. En la familia son proverbiales sus historias exageradas, sus exabruptos, sus delirantes muecas al vacío.

Llegué a San Ciro con anticipación porque quería estar solo; reparar mis notas y deshacerme del proyecto. Me imaginé una enorme pira sobre el jardín. Tres años de recortes y borradores impresos mojados en gasolina; una humareda levantada hasta el techo de la sierra.

Jonás también se había adelantado. Vi su camioneta al fondo junto a las caballerizas. Nos saludamos como si nos hubiéramos despedido ayer, aunque habían pasado más de dos años desde la última vez que tuve noticias suyas. Al menos de manera directa, porque en el mundillo artístico de Ciudad Valles era imposible no enterarse del primo famoso, de su carrera en Ciudad de México.

Enfilé hacia el jardín. La propiedad era un solar enorme que se extendía hasta la loma. Varios cuartuchos que habían sido caballerizas en época de las tías flanqueaban una alberca puerca y desproporcionada. Jonás se emborrachaba a la orilla. Sobre una mesa de plástico yacían una portátil, una botella y unos papeles iluminados por los últimos bordes de luz que se retrasaban antes del crepúsculo. Le dio una calada a su cigarro y me extendió una carpeta. En la portada había un rótulo que decía *Las tías*. Dentro, fotos de ciudades que no reconocí. Al final, una cifra en dólares y un breve texto en forma de guion.

—Necesito tu opinión profesional. La idea es venderla a una productora gringa y hacer un proyecto internacional. Hay cosas que cambiar: sugerir locaciones exóticas.

—¿Y a mí para qué me necesitas si ya filmaste tu versión?

—Tú y tu pinche orgullo; si te animas a entrarle podemos producirlo en grande.

Jonás inhaló y guardó el humo un rato como si fumara marihuana y no tabaco, puso la colilla en el pasto y la aplastó contra sus sandalias de pata de gallo.

—¿Seguro no te interesa?

Asentí, o mejor, negué. Me arrebató la carpeta y la aventó dentro de la alberca, que la fue tragando como un intestino, lentamente.

El sábado estuvimos tirados al sol. Al rato llegó don Catarino, que de vez en cuando le daba sus vueltas a la propiedad; gritó que acababa de prender la bomba del agua y que había limpiado la alberca bien tempranito y que se nos habían caído unos papeles.

La sensación del campo y el sol me pusieron a dormir. Pensaba en los proyectos fallidos con Jonás. En la preparatoria habíamos hecho varios ensayos con una super-8 del tío Alejo que a nosotros nos parecieron cine consumado. Nuestro primer cortometraje le había servido para entrar en una escuela al sur de la capital. Cuando nos emborrachamos para festejar su aceptación entre el círculo de iniciados del cine nacional, me santiguó:

—Brindo por nuestro futuro, por que no acabes de maestría de letras en algún plantel de la telesecundaria nacional.

Me encerré en el que había tomado como cuarto propio. Repasé una fotografía que a esas alturas tenía casi aprendida. La tía Dolores posa de pie con un rosario en la mano, la tía Águeda está sentada

sobre una silla huesuda llena de motivos de intrincada maderería. El fotógrafo había escogido un cortinaje de fondo con palmeras y oleaje marino —aunque ellas vestían de largo y de domingo—. La foto había sido tomada en la capital, año 1938, tres meses después de la boda de Águeda. Era una reproducción minúscula y las dos cabían, mar y playa incluidos, en la palma de mi mano. Saqué una lupa para volver a examinar los gestos de Doloritas, su morro gozoso de resentimiento, su sonrisa delineada con la luz del estudio como una raya solar. En su diario había escrito: “marzo de 1938, el rito está consumado; Águeda me traicionó pero ya no podrá tener hijos”. La tía Águeda nunca había tenido hijos, pero sólo porque su matriz no podía concebirlos.

De todos modos, yo quería explotar esa insinuación en mi relato. Después de un tiempo, las hermanas, ya entradas en años, discuten sobre el trauma escandaloso de Doloritas. Ella toma las tijeras. Riñen hasta que Dolores empuña los filos contra ella. “El rito está consumado”, escribe en su diario. “El último acto es siempre sangrante”, escribió Balzac.

Por la noche llegaron en una miniván. Me puse pantalones y salí al aire de una sala atestada de perfume caro y hormonas. Dos modelos en vestidos cortos y elegantes abrazaban a Jonás como si acabaran de ganarse un Óscar. “Primo, unas amigas”. Lo vi bañado por primera vez en San Ciro y vestido como el padrote que siempre había querido ser.

—Bueno, mis hembritas, en la barra hay de todo. Pidan nomás y las atiendo.

Después de encender el estéreo, las dos mujeres empezaron a bailar sexy; es decir, se contoneaban, se reían, se adelantaban en trencito y se daban tirones para pegar el culo de la una contra el vientre de la otra, como si la de atrás, que recibía las nalgas, tuviera pene. Pensé que sólo faltaba que se lamieran entre todos para entender el numerito. Jonás estaba haciendo audiciones para un comercial: “vive sin complejos, disfruta del momento, *carpe diem*”. El sexo, drogas y *rock and roll* en versión para rebeldes deschongadas que consumía nuestra generación como el azúcar. Creo que vi a Jonás salivar. Luego me dijo:

—No te agüites, primo. Ya conozco que tus gustos de monje son finos; tu regalo no tarda en llegar.

Cuando el momento sexy se agotó, escuché un motor. Al rato, Nayelli Santos entró moviendo unas nalgas de silicona vagamente inspiradas en la estatuaria renacentista. Nayelli era ahora una actriz con carrera, pero en la época de Ciudad Valles apenas pasaba de ser una niña pecosa y tímida que aceptó ayudarnos en nuestro primer corto y luego acompañó a Jonás a estudiar a Ciudad de México. Hace un año la reconocí detrás de una bata blanca y lentes de pasta, en un infomercial donde hablaba como una doctora muy enterada sobre el milagro nutricional del *ginkgo biloba*.

Me abrazó con la misma exageración profesional con la que sus colegas habían saludado dos horas antes, aunque, en este caso, con motivos de sobra.

—Tanto tiempo sin vernos, amiguito; tienes que actualizarme.

—Pero si tú eres la famosa, seguro tienes miles de historias.

—Tengo, sí, pero de hecho, una que no es mía. Sírveme algo y te la suelto... ¿Te acuerdas de Urrutia? El año pasado lo acusaron de pederastia.

Urrutia era la razón por la que habíamos conocido a Nayelli. El entonces joven seminarista de Ciudad Valles sostenía un cineclub para acercar a los jóvenes a la Iglesia católica, siquiera geográficamente, en una época en la que conseguir películas donde no se hablara en inglés era imposible y peor que imposible, indecente. Ciudad Valles era un retruécano de contradicciones: no daba para ser llamado ciudad, a lo mucho llegaba a pueblo bicicletero, y tampoco podía hallársele el *valles* por ningún lado, porque al ir creciendo las hileras de casas había dejado su único encanto y transparencia; había dejado de ser orilla para volverse el centro gris de algo, algo que todos los que crecimos ahí creíamos firmemente era el mismísimo ombligo del mundo. En la trastienda de aquella parroquia vimos por primera vez a los maestros consagrados. “¿Cuándo nos va a poner *El crimen del padre Amaro*, padre?”, le preguntaba Jonás a Urrutia cada sesión, nomás por joder.

Desde entonces se hicieron célebres nuestras disputas.

—Claro, como no hay ninguna encuerada y ningún samurái salpica la sangre de un decapitado encima de la cámara, no te gustó la película —le recriminaba yo. Y él reviraba:

—Claro, como no sale una mujer cepillándose el pelo durante quince minutos y ningún niño al final de la película libera una paloma blanca en pro de la paz, a ti no te gustó la película.

Tarantino versus Tarkovsky. Con gustos tan disparejos era fácil apostar que nunca íbamos a trabajar juntos.

Como a las tres, cuando la casa volvió a ser casa y los ruidos de antro se apagaron, me dieron tantas ganas de Nayelli que creí que se me venía encima la fiebre. Desde que la conocí había sido mi amor platónico, pero ya entonces Jonás era un adelantado: la había convencido de hacer un desnudo para un corto; le dijo que el guion lo demandaba. Se la cogió en pantalla y el video circuló entre las amistades de Valles. Después supe que no era la primera vez, que se habían hecho amantes oficiales y hasta se querían.

Esa noche, cuando terminó de contarme las dificultades de ser actriz, bostezó y se dijo exhausta.

—¿Dónde me voy a dormir?

—Te puedes quedar en mi cama.

—¿Y tú?

—Hay cuartos de sobra.

Me miró con esa mirada que algunos tipos interpretamos como “eres el hombre más tierno sobre la tierra”, pero que en realidad quiere decir “si fueras un poquito más hombre te habrías dado cuenta, pero abriste la bocota para arruinar tu única oportunidad, qué lástima”.

Era de mañana y de domingo. Preparaba café con las campanadas de misa de nueve como fondo musical. Jonás salió de su cuarto, ya sin mujeres. No quise saber de dónde las había traído ni a dónde las había llevado. Le pregunté en cambio por los invitados. Pero Jonás no había invitado a nadie salvo a nosotros: yo y Nayelli. No había tíos ni primos ni amigos de Valle como yo había esperado. Era su

primer trabajo serio y le importaba mucho lo que tuviéramos que decirle a solas.

La película no tenía la facha que me había imaginado. Jonás había elegido una casona de mediados de siglo. La trama parecía actualizada para adaptarse a la tramoya de muebles y autos de época alquilados. Nayelli se veía sosa en su papel; hacía una Doloritas joven y cínica que no guardaba parecido ni contrapunto con su hermana en la pantalla, una Águeda muy guapa pero bobá, con una nariz operada en pleno siglo XXI. Al final, Nayelli mataba a un hombre —inventado por Jonás como parte de una subtrama— que intentaba raptarla.

Los errores de la cinta podían competir fácilmente con los de mis imaginaciones literarias. Ambos teníamos una gran historia pero no sabíamos contarla; o ni siquiera eso, sólo teníamos una escena sangrienta y morbosa. La vida de la Doloritas de carne y hueso había sido pavorosamente aburrida. En su diario detallaba las compras, los sermones del domingo. Un año se había dedicado a reseñar con piedad ferviente las curaciones prodigadas a las llagas de mi moribundo abuelo, postrado antes de morir... y nada más. Su rencor por Águeda —si realmente existió— se enseñaba sólo en esa fotografía y su mueca breve: “el rito está consumado”.

Mientras una lista de créditos llenaba la pantalla, yo pensaba en qué se sentiría nunca haber probado el otro sexo. No me importaba tanto la veracidad de la venganza de Dolores como la de su razonable locura. Era la costumbre que una hija se quedara en casa para hacerse cargo de los padres ya mayores. Entonces, y de golpe, descubrí algo que nos hermanaba: la envidia secreta de los que se han quedado en el pueblo a vestir santos. Varias generaciones

de mujeres solteronas enfundadas entre versos piadosos, entre imágenes de cerámica y de cera y hablándoles muy quedo. Jonás apenas podía entenderlo. La tía Dolores era una desgracia anónima, tan anónima como yo mismo.

Antes de encerrarme en mi cuarto le dije a Jonás que la película era hermosa y el guion bastante logrado, y que me habría gustado haberla filmado yo.

Por la noche, me sobrevino definitivamente el insomnio. En la otra recámara los gemidos de Nayelli competían con los de mi primo. Encendí la lámpara y garabateé algo que no era mío; las palabras de alguien más que me había aprendido de memoria en mi época de estudiante:

Para contar la crueldad y la exquisitez de una vida de provincia hay que hablar de lo otro, de lo que se calla, de lo que se piensa y se siente cuando no se piensa. Tú crees que soy muy ignorante para tratar de explicar esta historia que ya sabes pero que, estoy segura, sabes mal.

Recuperé el sueño y soñé con Dolores. Tomábamos juntas el té; no me reclamaba ni con envidia ni con odio; sus ojos eran una pura rabia ascendente de amor y locura. Entonces empuñaba el cuchillo.

Le he dado a Catarino la caja con papeles para que los queme. Decidí quedarme en la casa unos días más, quizá unos meses. Voy a ponerme a escribir la historia de Dolores otra vez. No la que me

imaginé ni la que tartamudeó Jonás, sino la que ella quiere contar. Confío en que ayer no fue la última noche que me va a visitar. En este encierro de solteronas, podremos conversar con rencor y melindre, todo el tiempo que sea necesario, otra vez solas, otra vez juntas.

Mosto

I

Todas las noches podía escuchar el llanto sobresaltado de mi hermana, que vivía atemorizada por un mal demonio.

Mis padres habían acudido a curanderos y psicólogos. Cada uno sugirió nombres y remedios, fármacos y ensalmos, pero fue dinero malgastado. Nos quedaba la única alternativa de un pastor estadounidense que oficiaba bajo una carpa improvisada en una colina de los suburbios, en una iglesia llamada Arrebatamiento.

Mientras subíamos el sendero de tierra y el polvo se pegaba a nuestros zapatos, una música de guitarras y pianos eléctricos se iba aclarando con todos sus estruendos. Llegamos justo al final de la improvisación de cantos y alabanzas antes de la oración por

los enfermos. De entre la multitud, se abrió una especie de pasillo por donde transitaron mis padres, que llevaban a mi hermana de la mano. El vestido pálido de una sola pieza que habían elegido para ella la hacía ver más pequeña y más flaca, como una especie de renacida o beata. Desde el púlpito, el pastor la recibió con una orden estremecida, magnificada por el eco del barullo de los asistentes:

—Acérquense. Hace tiempo he soñado con esta niña atormentada. Hoy, el señor ha decidido traerla hasta aquí, a su casa. Ven, hija. Hoy es tu día. Arrepíentete y serás salva.

Los acordes del piano, que alternaban gradualmente, ahora tenues y melancólicos, ahora eufóricos y despavoridos, obligaron al pastor a gritar entre chirridos:

—No llores más, desde hoy no tendrás necesidad de llorar más; mudarás tu lamento en gozo.

Mi hermana apagó de golpe el llanto que hacía meses le escurría con cansancio. Inició una carcajada simple y sonora, con la pureza de la niña que todavía era. El estruendo de la risa de mi hermana parecía provenir de otro mundo, del eco de un amplificador eléctrico. El santuario entero se calló, pero un minuto después, uno por uno los asistentes se echaron a reír convulsamente, como mecidos por la crecida de una marea. Sentí la cara adormecida. Yo también fui llenándome de una risa nasal y continua: como una antigua melodía, como el siseo acompasado de millares de serpientes.

II

Tres meses después de nuestro primer encuentro con la comunidad del Arrebatamiento, mi hermana iba a festejar sus quince años. Tenía varias propuestas de fiesta, de viaje y de regalos, pero ella quería una sola cosa: bautizarse en el Espíritu Santo. Mi madre estaba convencida, mi padre, en cambio, desconfiaba del pastor Gleason.

Para los bautismos, la iglesia solía alquilar un lugar llamado El Paraíso de Ajacuba, un chamizal de matorrales bajitos, buganvilias y árboles tropicales. Llegamos en una caravana de seis autos unas treinta personas, todas listas para repartirse entre las diez o quince habitaciones del hotel-balneario. No había lugar para nadie que no formara parte de nuestra iglesia porque el pastor Gleason había hecho ya una reservación previa, un gesto telefónico que se repetía cada año y que garantizaba la totalidad de la ocupación en completo silencio y exclusividad.

En el hotel, compuesto por tres edificios en forma de herradura, el mayor atractivo era una alberca diminuta pero profunda, salpicada de algunas hojas e insectos. Frente a la alberca se abría un jardín con asadores, buganvilias y eucaliptos que tapaban la playa formada por automóviles compactos, lanchones y deportivos en los que cada familia había sido transportada.

Mi hermana tenía casi quince —ya lo dije— y yo trece. Era la época de la rebeldía, de la conciencia de la pubertad como una trampa de soledad y efervescencia frente a toda autoridad, incluso paternal. Pero mi hermana veía en Gleason, hombre rubio y jovial, a otro padre, uno posible y tremebundo, una suerte de

Jesucristo libertario. El biológico, en cambio, le parecía apenas la representación apocada de un burócrata de oficina que pasaba cuarenta y ocho horas de su vida, seis días a la semana, sumido tras un bonche de papeles sin importancia.

El sábado, un día antes del bautismo, se habían agendado las brigadas de evangelismo con la gente de la ciudad. *Id por todo el mundo y predicad el evangelio, primero en Samaria; luego en Judea y después en el mundo entero.* Ajacuba era Samaria, México, el mundo entero. Mis padres habían participado ya en versiones anteriores de las jornadas, que consistían en emperifollarse —traje y corbata rigurosos en los hombres, vestido largo y negro, marrón o cualquier otro color decoroso en las mujeres— y arrancar por cada calle y cada casa, sin desatender la plaza central —un zócalo, una cruz, una iglesia—, ofreciendo papeles volantes con una fecha y un lugar marcados para compartir la lectura de la Biblia y después repartir el pan.

Hacia la tarde, antes de servir los alimentos, unas doce personas del pueblo se acercaron; el pastor les dio la bienvenida y comenzó a hablarles de los últimos tiempos y de la necesidad del arrepentimiento de los pecadores. Gesticulaba con celo teatral, más propiamente latinoamericano que gringo; su piel blanquecina se había cubierto de un tapiz de sudor —quizá el efecto del pegajoso flogisto tropical sobre su piel caucásica— hasta que las axilas de su camisa blanca se fueron marcando con una media luna del agua de su transpiración.

Enseguida los llevó a un salón donde se habría de proyectar una película con el mismo nombre de nuestra iglesia: *Arrebatamiento*. Una palabra desconocida a mis trece, pero quizá por eso se me

había pegado a la cabeza, retumbando en mis sienes como el ruido de un insecto nocturno. La película era de factura gringa y trataba de una pareja de esposos, Emmet y Karen que, aunque asisten con regularidad al templo local e incluso forman parte del círculo cercano del pastor, despiertan una mañana a la realidad de un pueblo fantasma; van a la casa de Terry y no está Terry; van a la casa de Jim pero tampoco está. Acuden a la ferretería del reverendo y la encuentran desolada; nadie parece vivir, los negocios están abiertos o cerrados pero nadie compra, nadie ha saqueado los almacenes vacíos, las cosas siguen frías e intactas. Al medio día dan con Timothy, el abogado ateo que al igual que ellos ha sido abandonado por Dios antes de los días del anticristo y las plagas destructoras. La pareja se pregunta qué hizo mal, por qué si su fidelidad a las reuniones dominicales, por qué si su fe había sido alimentada desde la cuna, por qué, señor Jesucristo, habían sido abandonados.

Está claro que el día señalado los ha tomado envanecidos, desocupados. Recita Timothy: *Uno será dejado y otro será tomado, uno ocupará un lugar a la diestra del Padre, otro permanecerá en la tierra para presenciar la catástrofe y el final de los tiempos.* Junto con Timothy, deciden salir del pueblo y hallan comunidades enteras a la deriva, aunque otras permanecen joviales e intactas. En una cafetería escuchan a los hombrecillos del telenoticiero discutir una explicación que apela a una sequía, otra a una plaga de bestias infectas y, finalmente, la más acreditada, a un complot de la URSS comunista. La seguridad del país debe ser reforzada, por lo que a partir de esa fatídica mañana el gobierno marcará a cada ciudadano con un código lector en la frente o en la muñeca. Emmet

y Karen lo saben, se trata de la marca de la bestia: 666. De pronto se escuchan los sonidos de sirenas fuera del café. Los policías aguardan alineados, para cumplir con los requisitos de la marca. Emmet y Karen, sin reflexionar, dejan que un hombre les coloque un tatuaje indeleble con la marca.

Después de comprar algunos víveres para volver a casa, vemos a Emmet y a Karen elevar oraciones para arrepentirse, pero es demasiado tarde: han sido sellados y ahora son propiedad del anticristo. Desesperados, deciden que antes que ser reses al servicio de Satanás deben elegir una salida más cristiana. Mientras Karen busca entre gavetas y entrepaños frascos con números y letras adecuadas, Emmet regresa del sótano con una hoz. Comienza con el brazo de Karen. Antes de cercenar el suyo, llora y le pide perdón; “¿por qué?”, pregunta ella; “porque he fornicado”. Karen le confiesa que ella también ha sido una mujer adúltera. Los dos se abrazan mientras la sangre corre fuera del cuadro de la cámara. En la escena final un grupo de la policía secreta llama a la puerta. Han sido denunciados como disidentes. El comando de la policía lleva puesto un traje completo que me hace pensar en astronautas, en apicultores o en escafandras; todos llevan la marca. El reinado de la bestia ha comenzado.

Es difícil saber qué fue más decisivo entre las criaturas del pueblo, si el celo en el discurso del pastor Gleason o la sangre y la tensión del filme estadounidense. En todo caso, los doce asistentes se arrepienten e invocan la otra sangre, la del cordero, derramada por los pecados de la humanidad.

A las ocho, con la cena casi servida, escuchamos ruidos cerca del jardín. Uno se acerca a darle la información al pastor Gleason,

quien, teatral, poseído también por el patetismo de la película que acabábamos de ver, grita:

—Ha llegado la hora.

Afuera, un grupo de la iglesia patalea, se revuelca poseído por una risa inagotable.

—Es el mosto —grita Gleason —Es el Espíritu Santo que se ha adelantado.

Al fondo de la propiedad, un corral con una treintena de cerdos parece desbordado por sus chirridos y gañidos. Excitados, bajo la luz de un farol, parecen hundirse y flotar desde la oscuridad, pataleando para salir de su cerco. El porquero trataba de calmarlos, de aferrarlos del pescuezo con un azadón sin éxito; cada vez que intenta lazarlos, los guarridos de los cerdos van en aumento. El pastor se acerca hasta el corral mientras los demás crecen su risa a un estruendo insoportable.

—También ustedes son criaturas del Altísimo —dice, mientras intenta abrazarlos.

La luz indirecta ilumina sus hocicos cilíndricos y sus ojos negrísimo, al tiempo que entre algunos huecos pequeños trasluce, con un brillo untuoso y opaco, la capa de sebo que se ha formado sobre el traje oscuro del pastor Gleason.

Todos pensábamos en que aquello debía ser una señal, el augurio del final de los tiempos. Los nuevos conversos, que se habían quedado a compartir los alimentos, estaban rabiosos de

confusión y de fe, llenos de patetismo del que no podría descartarse un ominoso sentido de miedo.

El bautismo se desarrolló como una fiesta entre tradicional y solemne. A la orilla del pozo de agua, dos hombres con guitarras tradicionales de Paracho entonaban alabanzas. Recuerdo a mi hermana, remontando el agua como una ahogada que sobrevivía a un naufragio, ayudada por los brazos del pastor, entre vítores y aplausos. Recuerdo la explicación de Gleason:

—El agua es una tumba pantanosa y salina que sirve para sentir la placenta; luego el aire debe actuar como el soplo divino: viento y agua mezclados en un único elemento, el espíritu.

Aquella noche, después del bautismo, la pasé en vela. Mi hermana dormía en la habitación contigua, sola. Sentí un mareo preocupante cuando intuí que el demonio había vuelto. Del otro lado del muro podía escuchar su respiración, su llanto. Agucé los oídos y escuché unas palabras en inglés. Cuando pegué mi oreja izquierda sobre el muro pude imaginar una mueca de gozo, los labios abiertos y un hilo de baba que crecía hasta convertirse en el comienzo de una sonrisa simultánea e incontrolable, mezclada con el olor masculino inconfundible del cebo y del mosto.

El sueño de Ariadna

Prometió escribirme pero jamás recibí una sola carta. La conozco tan bien, he pensado tanto en ella durante estos años, que casi puedo oír su explicación: “El escritor eres tú, no yo”. Frieda había recibido la invitación de una agencia importante para trabajar en Roma. Discutimos nuestras opciones que o se imponían contra alguna voluntad o se truncaban en un punto ciego. Viajar a Roma era algo suyo, no mío y, finalmente, así lo acordamos.

Pero hoy mi teléfono timbró para anunciar su primer correo después de tres años de tumultuoso silencio. El contenido se comprimía en tres archivos JPEG, sin saludo ni despedida.

Primera fotografía: una vista panorámica de la ciudad desde el norte; en segundo plano el viejo foro y, delante de él, la “máquina de escribir” de Víctor Emanuel II.

Segunda fotografía: en contrapicado una fila de zapatos, piernas y traseros humanos, todos apiñados en círculo tratando de ver ¿qué? Los bordes de la imagen no son contundentes pero he pensado en las galerías del Museo Vaticano y, si acierto, lo que los turistas rodean es la *Ariadna dormida*, una de sus representaciones favoritas del mito.

Tercera fotografía: el jardín botánico del Gianicolo. La perspectiva que eligió muestra en primer plano una suculenta tunilla en flor. El rojo y amarillo de sus flores contrasta con todo el verde de los demás cactus y con un faro de metal negro que, al fondo, navega el centro de la composición como el mástil de un barco.

Frieda, que nunca disfrutó fotografiarse, estaba ausente de todas las imágenes; aunque la última cactácea —las desérticas flores que tanto amaba—, bien podía cumplir uno de sus más logrados retratos.

He estado horas repasando las fotografías. Después de tres años de silencio, Frieda me hablaba a gritos. Ahora también podía escucharla: “A ti hay que decirte las cosas por escrito, recitadas y en sistema braille o no te enteras de una sola palabra”.

Algunos elementos me resultaban transparentes: su pasión por las cactáceas, nuestras charlas sobre el foro y la historia romana y el desenlace de Ariadna. Pero a esos elementos claros se les sumaban las complicaciones que tanto la excitaban y que a mí me habían vuelto un loco enamorado. ¿Por qué no mostrar a Ariadna, sino a la gente? ¿Por qué en la foto del foro el primer elemento compositivo era esa horrenda “máquina de escribir” en honor del rey Víctor Emanuel? ¿Por qué el faro?

Cuando imprimí las imágenes todo fue más confuso. Sobre el borde de cada retrato se podía leer una fecha, descuido permisible para un turista pero no para una experta como Frieda. Lo más extraño eran los días que esas fechas marcaban, todas de años pasados, de cuando nuestra vida juntos.

Por la tarde, llegaron en tropel Andrea, Isabel y los dos Pablos. Naturalmente, no me aguanté las ganas de contarles. Ahora todos tienen una versión sobre las fotografías.

Para el primer Pablo estamos frente a una de las típicas burlas de Frieda. En la primera foto se ríe a carcajadas (la asociación del monumento de Víctor Emanuel con una mueca de dientes marmóreos es antigua) y además establece que del foro (nuestro departamento cimentado en sueños terrosos) no queda nada sino ruinas; en cambio, la sonrisa de Roma (ella) está intacta. En la segunda, me recuerda que la abandoné como Teseo a Ariadna en Naxos pero más que el abandono, según el otro Pablo, de lo que se trata la foto es de las habladurías que siguieron a nuestra separación y el morbo turístico de la gente. La tercera era enfática: con el pasar del tiempo, la tunilla florecía más radiante que nunca, lejos del signo fálico del faro y de paso señalaba mis problemas de impotencia y nuestra pésima vida en la cama.

Isabel advierte que debemos poner más atención en las fechas y me interroga sobre su significado. La primera —les digo— es de cuando nos conocimos. Según esto, la risa de la *dentiera* no es de burla sino de nostalgia, sobre todo porque la dentadura es la que mira hacia el foro —y no al revés— con anhelo de lo vivido. La tercera tiene la fecha de nuestra despedida. Efectivamente, la tunilla floreciente es Frieda en Roma que, a pesar de sus brotes, no es más

que una flor silvestre atrapada dentro de una vegetación de concreto y mármol, consumiendo sus jugos inútilmente. La segunda, que tiene fecha de un acontecimiento que no he podido identificar —he sacado álbumes y documentos; hice una búsqueda en el muro de Facebook, sin éxito—, señala que ella, Ariadna, sigue esperando a su Teseo para rescatarla de la gente italiana, murmurosa y estúpida. La fecha no ha sido clara porque se trata de algo que va a acontecer en el futuro, cuando volvamos a reunirnos.

Las visitas se marcharon dejándome con una comezón inmensa de escuchar la única explicación posible, pero sé que por escrito, a vuelta de correo, no conseguiré sino silencio. Otra vez la escucho: “No sólo debes reflexionar, la vida se trata sobre todo de vivir”. Reconquistarla sería tan duro como haberla conquistado: “Que te cueste”, me dijo los primeros días que salimos juntos.

He intentado escribir el final de esta historia entre Frieda y yo, pero no he podido hacerlo sin caer en una solución melodramática. Como desde el primer día que la conocí, esta mujer borra mis palabras, me deja verboso e irredento. Me resigno a una última treta: robar su oficio e intentar una serie de instantáneas.

Vía Baccina núm. 113, departamento con fachada en terracota y amplias ventanas. Destello. *Viajero, bienvenido, aquí tu memoria fluye más fuerte, más roja.* Destello. Una mujer en el centro de la composición, en un vestido blanco, moteado de amarillo, untada por una savia que dulcifica su cuerpo redondo y maduro. Destello. *Viajero, esa fecha insignificante para ti, para ella lo es todo.* Destello. Bajo

el vestido amplio una barriga de unos cuatro meses: la fecha del aborto. Destello. *Viajero, el museo no es museo sino la iglesia de Santa María de la Paz, patrona de las mujeres en parto, y Ariadna no es sino la virgen encinta que con diplomacia agradece tu visita y admite una gran sorpresa y emoción de ver a Teseo pagar una amistosa pero innecesaria visita a casa de Ariadna y de su marido, Dionisos, que la ha rescatado para hacerla, después de tanta espera, feliz y rubicunda madre.*

Hoguera

El amigo de un amigo nos había invitado a pasar el sábado en la casa de sus exsuegros. Iván se acababa de divorciar, aunque incluso la separación de bienes se había resuelto amistosamente y en los mejores términos. Yo también estaba recién divorciado. Las dos parejas, cuando nuestra condición era aún de tales, nos habíamos tratado poco pero lo suficiente como para anticipar el fracaso. La última noche escuchamos a su esposa repetir: Iván no hace más que beber, Iván está gordo, Iván no gana suficiente plata, Iván es un güevón. Iván esto, Iván l'otro.

Con una mujer así, Iván era digno de lástima, pero él no era mi amigo sino Lauro. Ambos pasaban sus días como colombianos avocados en México aunque de muy distintos estratos: uno era caleño, de infancia paupérrima y maneras austeras; un nerdo hecho

y derecho que había apostado a los estudios universitarios para salir del mierdero en el que entonces se había convertido Cali. Iván era de Bogotá. Un mujeriego, pendenciero y bebedor que vivía del multimillonario negocio de su suegro. “Un malparido perro”, en el limpio fraseológico arrabalero de Lauro.

—¿Y a qué se dedica su suegro? —le pregunté.

—A los transportes —contestó.

Y eso qué significa, ¿que transporta qué? —volví a atacar. Pero sólo me devolvió un incómodo silencio.

La casa estaba a unos veinte minutos del *mall* más grande de Santa Fe, la zona que por designio empresarial presume ser el ombligo invertido de la capital de México. “Imposible llegar acá sin auto”, se quejaba Lauro, que había pasado por mí en un austero Toyota y en compañía de su mujer, una española pechialtiva, de sangre pesada y maloliente.

—Hubiera sido mejor traer el Mercedes para estas vueltecitas, pero Katia se ha empeñado con que no hay por qué ser ostentosos. Le preocupan dizque la pobreza y la inseguridad.

Katia lo miró con rencor y a mí con desprecio. Ella y mi ex se habían hecho amigas, aunque quizá esté usando la palabra con la ligereza propia de las grandes hermandades trabadas y destrabadas al calor del tequila, según la educación sentimental mexicana. En todo caso, las dos se habían convertido en cómplices de aburrimiento, las noches en que Lauro nos recetaba su cátedra sobre la economía mundial y las dictaduras latinoamericanas, en

un *penthouse* del centro, con la luz blanca y leonina de la Alameda como telón de fondo.

La voz castiza del geolocalizador nos fue guiando hasta que llegamos a un punto muerto. Frente a una subida bronca se paralizó. Dos vectores verdes en el mapa sugerían caminos contradictorios.

—Allí es —sentenció Katia con gran aburrimiento—. La Navidad pasada Iván nos invitó; Lauro no se acuerda porque salió de aquí *full* de borracho —y pasó sus dedos como una navaja cortando su garganta.

De un portón gris, impersonal y siniestro, propio de una prisión militar, salió un enano en disfraz de policía —las botas, el traje azul de dos piezas, la gorra de camuflaje aunque sin insignias— para preguntarnos quiénes éramos y qué queríamos.

—Venimos con el señor Iván Quiroz.

—¿A qué número?

—¿No sabes tú el número, mi amor?

Katia negó; el tipo dijo “ahora vuelvo”. Un momento después, una Suburban de cuatro puertas se puso detrás nuestro, y detrás de ella, otra igual, su gemela en prepotencia y en la negrura de sus vidrieras polarizadas.

—Pues —salió de nuevo el remedo de milico— el licenciado Quiroz no contesta el interfón.

En eso estábamos cuando la primera Suburban claxonó cinco veces espaciadas, en una clara y vernácula aria de mentada de madre, mientras prendía y apagaba los faros de halógeno intermitentemente. En medio del sol a plomo de las dos, el efecto fue refractario; la luz se disolvía en el aire, como si nuestros ojos estuvieran empañados por dentro, por perlas de sudor. Entonces, la

primera Suburban, con un chirriar de llantas, aceleró hasta emparejarse a nuestro Toyota. Un guarro alto y prieto se bajó del asiento del conductor para decir:

—O te mueves o te muevo.

—Pues ni me muevo ni me mueves.

—Ah, ¿tú crees, putito?

Cuando Lauro iba por fin a apearse, contra todo sentido común, de entre la negrura de una de las ventanas de la otra Suburban llegó un chiflido largo que paralizó al guarro y que me hizo recordar una escena bucólica de bestias de campo, capataces y mulatos. La misma voz volvió a asomarse para gritar:

—¿Vienen a la fiesta de Ivancito? —asentimos—. Entonces vienen con nosotros. No hay por qué armar tanto lío.

Con la cabeza volvió a insinuar una indicación que el guarro supo interpretar.

—A ver, ojete —le dijo el guarro al poli—, abre la puerta para que entren los amigos del señor licenciado.

El custodio se descubrió la cabeza y agitó la suerte de quepí militar que portaba, sin decir palabra, aunque todos pudimos leer en el gesto de sus labios un “claro, lo que usted mande, patroncito”.

El conjunto presentaba un paisaje uniforme. Unos cinco o diez edificios de tres pisos de altura, todos rematados por azoteas verdes. Cada sección estaba dividida por bloques de jardines, arboladas y rotondas de juegos infantiles. Al fondo, la última calle escondía tres residencias macizas y horizontales.

La mitad del complejo permanecía a medio hacer; la franja de la izquierda resplandecía sus acabados; como recién salidos de un horno industrial, los edificios despedían ácidos, resabios de concreto, olores de pintura y barnizado. La otra mitad eran terrenos recién deslindados, pilas de ladrillo cocido, montañas de arena y cal. El paraíso de un arquitecto con gustos minimales y churriguerescos, a medio hacer.

Una hilera india de trabajadores —más una tripa desorganizada que una verdadera fila— caminaba por el arroyo en contrasentido. Vestidos de mezclilla, gorras con logotipos en inglés, camisas fajadas, betún en el cabello y los zapatos cenizos por la fricción de un velo fino de arena. Venían echando albures, risas, sarcasmos.

—Súbanse a la banqueta, pinches indios, la calle es para los coches —les gritó el conductor de la segunda Suburban, mientras giraba el volante en amago de atropellarlos, pero ninguno se inmutó y todos respondieron con chiflidos y risotadas.

La puerta principal estaba abierta; la vastedad de los ventanales límpidos de la sala dejaba ver detrás suyo el espectáculo que ocupaba el jardín. El humo de un asador rodeaba el ir y venir de Iván y unas seis o siete mujeres que se paseaban en bikinis, desnudas de los torsos. Una de ellas hacía las veces de parrillera, picoteaba y horadaba las lonjas de carne, derramaba aceites y aderezos sin un criterio definido, atizando involuntariamente la brasa ardiente, con risas y saltitos que parecían aumentar su enorme placer epidérmico. Un par más se afanaba en servir tragos, otras dos metían y sacaban los pies de la alberca, chapoteando.

El licenciado de la Suburban avanzó hasta encontrar la cintura de una de las chicas; cuchicheaba con ella como si fuera su prima,

como si fueran viejos amigos de la infancia. Katia y yo titubeamos. La luz de los ventanales menguó para dejarnos en medio de una parcial penumbra que nos ofrecía su incógnita y su descanso. De un sillón en la contraesquina de la sala se levantó una pareja, vestida con un contraste ridículo para la ocasión. Él un traje azul marino completo, ella, una falda entallada apenas arriba de las rodillas. Caminaban lentamente; ella parecía haber llorado y se tocaba la punta de los cabellos con la mano; él la abrazaba como para atemperar el frío psicológico de la sala. Iban a seguir de largo cuando Lauro les cerró el paso:

—¿Licenciado? Nos conocimos en el Matías Romero; un curso sobre la OEA, me llamo Lauro.

—Claro, el pinche colombiano.

Después de las presentaciones rigurosas (“Ésta es mi esposa, Katia”; “y ésta mi mujer: saluda a los señores, María”), la pareja explicó que estaban por partir.

—Desde que se está separando —aclaró Lauro— Ivancho es un desastre; seguro no lo hizo por ofender, quiero decir, por ofender a las señoras aquí presentes. Se suponía que esto era una suerte de despedida, una fiesta.

—Pero invitó a estas putas —dijo María, la esposa de Emiliano, el recién presentado.

—Estas chicas deben ser sus amigas —disminuyó Lauro.

—Pues más que despedida parece bienvenida a la soltería —intervino Emiliano, con ojos de una envidia sólo disminuida por la mirada irónica que le regaló su mujer.

—Pues nada, que nosotros también nos marchamos —precisó Katia.

—Por qué no mejor, ya que estamos aquí los cuatro —contradijo Lauro—, bueno, los cinco —y me miró como a un bulto o a un lastre—, buscamos un sitio donde charlar tranquilos. Dejen que Iván atienda sus asuntos y nosotros nos dedicamos a los nuestros. Nos ponemos al día. ¿Cierto, señor subsecretario?

Emiliano devolvió una mueca revuelta e indecisa entre el regocijo y el compromiso de no quedar mal con su señora, como haciendo malabares, con una mueca de acróbata sin encanto.

Conforme atardecía, la fiesta mutó de carne asada y pasarela de tetas al aire a cena burocrática, a reunión de embajadores de una comisión nacional, de un sindicato charro de obreros. El patio se fue llenando de hombres en trajes oscuros, descorbatados —sin importar la chamusquina del sol ni de las carnes—, indiferentes a las mujeres que se habían refugiado en sí mismas, en una hermandad vencida por la frustración de no ser el foco de interés, sino del mero cansancio.

Mantenían, eso sí, una especie de venganza privada: bailaban con un descuido probablemente aprendido y doblemente ensayado; derramaban líquidos sobre sus cuerpos con una fuerza bruta, se tocaban y palmeaban las nalgas, al ritmo acompasado de sus risotadas. Unas se repegaban a las otras en trenecito, al ritmo del reguetón. Intenté hablar con ellas inútilmente. Me faltaban los códigos, las insignias, el traje sastre del monseñor o el licenciado.

Iván entró a la estancia tres veces en total. En la primera se extrañó de vernos allí, protegidos del bullicio exterior de la alberca,

y nos convidó a unirnos a la *pool party*. La otra pasó de largo, subió hacia la segunda planta, solo, intoxicado y borracho, casi melancólico y contemplativo. La tercera vez se detuvo para hablar con Katia.

Las mujeres se habían sentado justo de espaldas al espectáculo. Emiliano y Lauro eligieron un sillón frontal donde podían seguir los contornos de la marea, las evoluciones de la fiesta —a la que se habían incorporado nuevos invitados—, los agujeros desde donde salían los gritos, las risotadas. Luego perdieron el interés. Conversaban en clave sobre desplomes bancarios, sobre futuros apocalípticos y lejanos, sobre negocios en dólares golondrinos.

Anocheció. Estábamos borrachos. Iván, además, estaba coco, lo que en lugar de darle un aire fresco lo mantenía luchando contra los músculos de su cansancio. Nos pidió, en un reflejo nervioso, que admiráramos la colección de pintura de su suegro. “Exsuegro”, corrigió Lauro con destemplada burla.

Sin prestarle atención, Iván nos pidió que nos fijáramos especialmente en una acuarela de Tamayo que ocupaba un lugar privilegiado del muro. Colocado como una especie de fotografía colegial, como pez con ojos como globos, el Tamayo nos miraba desde una iluminación de tonos ocres, de barro. Parecía fidedigno, aunque tenía algo de capricho juvenil, de cuando su etapa dieguista, en la que predominaban las alegorías de un indigenismo adulatorio y trasplantado.

Katia dio un largo respiro antes de despepitarse:

—Para mí todos los muralistas no han sido otra cosa que políticos disfrazados. Vamos, que van de progres, pro esto y pro aquello, pero no se los cree ni Dios Padre. Detrás de su amor por

los indios no hay sino la voluntad de ganarse una alcaldía. En cambio, este verano apenas con Lauro en la Bienal de Venecia, hemos conocido a ese otro Orozco que tienen y a un tal Cruz Villegas que, para ser mexicanos, sí que molan mazo.

Iván alzó la cabeza y afinó la vista, como si en sus pupilas desorbitadas estuviera la facultad del buen oír. Pero Katia no lo miraba y simplemente prosiguió en su ejercicio de crítica avezada.

—Paz, Vasconcelos, Kahlo, que yo no sé si vosotros sabíais, pero era alemana, fueron todos unos burguesitos que iban de izquierdas, hablando sobre indígenas vestidos en calzón de manta mientras mantenían una peña de servidumbre, vamos, de esclavos y, claro, dándose la gran vida. Vivían como la realeza, a costillas de quién va a ser, sino de estos pobres indios, de eso que a vosotros os gusta llamar “el pueblo”.

Aquí hizo una pausa ensayada para mirarme, como diciendo “¿tú también eres parte de ellos? Anda, gilipollas, dime algo, sopla la mecha que ya está irremediablemente encendida”. Pero sólo María se animó a terciar un “tienes toda la razón”.

Entonces Emiliano, que había empezado a fisgonear esta otra conversación, se sintió obligado a preguntar:

—¿Qué tantas tarugadas dicen? Cállense, pinches viejas, ustedes qué van a saber de nada.

Katia lo barrió con un desprecio tan altivo, tan de señora, que Emiliano se retrajo un segundo como un perro apaleado, como si el extranjero fuera él, el único no autorizado a voz ni voto en este altercado.

—A mí lo que me jode es que todos vosotros, licenciados y diputados, secretarios y cuerpo diplomático, todos vosotros,

mamarrachos, a los que Lauro tiene que cortejar, con los que tiene que mendigar una reunión, hacer *lobbying* para concretar sus negocios, no tenéis ni idea de lo que se ha estado gestando. Detrás de estas paredes, a espaldas de vuestras rejas electrificadas y vuestras estaciones de vigilancia, hay cuarenta millones de indios que se están pertrechando.

—Pero, mujer, Katia —protestó por fin Lauro—, para ya.

—¿Y usted cómo le hace para estar tan informada, señora?, si se puede saber —interrumpió socarrón Emiliano.

—Porque yo sí que hablo con la gente. A Lauro le preocupan los seísmos en este país. Apenas pasó el último ya quería salir huyendo. Pero no puede, no podemos porque aquí están sus negocios, aquí con este Ivancho. A mí, en cambio, me preocupa la revolución que viene. Esa gente se está armando y esta vez es en serio, está terriblemente enferma, sedienta, cansada. ¿Qué no veis a estas pobres chicas ahí, sin otra oportunidad de trabajo, sin poder mostraros todo el desprecio que sienten por vosotros, pedazos de cerdos?

Iván la miró derrotado, ausente; quiso rebatir algo pero detrás de él se regurgitó sólo el silencio socarrón de un cocainómano.

—¿Y tú te vas a unir con ellos? —pareció conceder Emiliano.

—Por supuesto que no, no soy estúpida, pero... si vierais lo que veo y escucho yo, fliparíais. Vosotros estáis jugando con fuego y lo peor es que moriréis quemados sin haberse siquiera enterado.

—Mira, colombianito —le dijo Emiliano a Lauro—, más vale que calmes a tu pinche vieja, porque yo...

—Tú qué, gordo gilipollas —soltó Katia...

—Dios, qué tarde que se hizo —los interrumpió Lauro—. Nosotros nos vamos ya. Buenas noches, Emiliano. Buenas noches, María, un placer reencontrarlos.

—Emiliano —balbuceó Katia, arrastrada del brazo de Lauro—, vaya nombre para quien no es más que un remedo, ni la mitad del hombre que pudo ser su ancestro, Zapata —y esta última sílaba más que decirla la cantó, mientras hacía amagues de alisarse la falda, de aferrarse a los brazos de Lauro que la arrastraba hacia el vano de la entrada.

—Todos vosotros vais a caer, con vuestro dinero y vuestras mentiras, vais a caer —dijo, hablando para ella misma pero en una voz tan aguda y tan alta que no hubiera sido improbable que las niñas de la alberca hubieran escuchado al menos el eco de su acento peninsular.

—Y usted con nosotros, señora —alcanzó a responder Emiliano, también para él, mientras vaciaba las últimas gotas casi secas de su tequila Centenario.

Se apareció entonces una mujer redonda, morena, bajita, que venía a preguntar si se le ofrecía algo más al niño Iván (así dijo: “niño Iván”), pero Iván la espantó con un manotazo, como se espanta a un enjambre de abejas o de moscas.

—Bueno pues, vaya amistades, señor...

—Cuauhtémoc —completé—. Excentricidad de mis padres, infortunadamente, no mía —dije como disculpándome por el color de mi piel.

—Pues, salud, señor Cuauhtémoc —Emiliano vació el tequila que había dejado a medias—. María, nosotros también nos vamos. Agarra tu bolsa, flaca.

Emiliano se enderezó y puesto de pie se tocó los testículos con fuerza y avaricia, casi mecánicamente, como si quisiera dejar un mensaje para que yo se lo transmitiera a Katia: *Yo sí los tengo bien puestos.*

Cuando la luz rosada de la aurora se apareció —serían entre seis y cinco— llegó el otro licenciado, el primero, el de la Suburban, visiblemente perico y quizá tacho, a preguntarme si yo era aquel amigo de Iván, el del Toyota de la entrada. “Sí”, contesté, simplemente por hacer conversación, por saber qué se sentía pertenecer al círculo predilecto de los licenciados.

—Pues vámonos tendidos, mi amigo, vámonos tendidos.

Afuera, una de las dos Suburban había desaparecido.

—Ni modo, estos perros ya se largaron; los muy canijos se tomaron el domingo. A veces parece que se mandan solos, pero no te creas, son buenos muchachos. ¿Y tu Toyota? ¿Se lo llevó tu pinche vieja? No te preocupes, vámonos en mi calabaza.

El doble *beep* de la alarma desactivada nos devolvió a la realidad de la calle. El licenciado se metió un último pericazo con la llave y dijo para sí, como si se recordara una verdad profunda, que manejar era la segunda mejor droga del mundo.

Cuando franqueamos el portón negro, amanecía. Sobre la franja angulosa los vimos de nuevo. Jaurías de perros famélicos despertando. Chamarras lanudas, mochilas sostenidas sobre el lomo, tenis de marcas piratas. Presumían sus insignias y sus armas como un ejército recién amanecido, listo para el trabajo: ribuk, naiquí, tomi jailfaiguer. Eran tantos que impedían el paso de la Suburban. El licenciado gritó “muévanse”, pitó, hizo amagues de atropellarlos pero no pasó nada. Volvió a acelerar. Se escuchó un tronido. “Las llantas están ponchadas. Las han de haber tronado estos canijos”. Aceleró a la desesperada, empujando a unos tres o cuatro con su tumbaburros de acero macizo. Se escuchó el tronido de las llantas y el caucho reventar. Cuando quiso reaccionar, varias manos ladearon el auto, que quedó en posición supina volcado sobre la banqueta. Despacio, el licenciado buscaba abrir la puerta desencajada, mientras afuera una turba de manos y piernas mecía y pateaba alternativamente la carrocería y los cristales de la camioneta. La alborada subió un poco más; la luz solar me recordó una escena medieval, de demonios y de invertidos señores feudales, algo así como el principio de una hoguera.

Ver

En una sociedad de repetición como la nuestra,
el futuro es indiscernible porque nada ocurre.

JACQUES ATTALI

La gente mediocre piensa que todo cambio sucede como suceden las calamidades y los milagros: por pura casualidad, o bien, por el capricho de una mente siniestra que mientras come a la mesa de otros siniestros —políticos, banqueros, militares— urde confabulaciones y legisla el destino del mundo. Esta visión es caricaturesca, porque está basada en preferencias fantasiosas y complejas en vez de razones sencillas y pragmáticas. En la realidad, las transformaciones significativas se detonan a partir de una idea insignificante. Incluso si paulatinamente esa idea va ensanchándose como una construcción bien delineada, sólo hace falta una voluntad modesta para que todo se trastoque.

Desde hace doce años trabajo para el hombre más rico del mundo. Comencé a subir en su escala de confianza a partir de

un incidente aparentemente banal que no voy a relatar. Diré solamente que para triunfar en este ambiente de trepadores, además de tener fortuna, hay que saber administrar los propios instintos de tiburonismo animal que nos operan; hay que actuar con agresividad pero sin sucumbir a la rapacidad.

Mi primer asunto importante dentro de la oficina fue ayudar en lo que había sido encomendado directamente a mi jefe: vigilar los avances sobre la remodelación de la Alameda Central en Ciudad de México. Nuestra preocupación crecía conforme el cambio de poderes en la capital se acercaba; nos inquietaba que los dineros se hicieran perdedizos, los plazos eternos y se acabara invirtiendo más de lo previsto.

Un viernes antes de Navidad, después de una breve junta de trabajo, el ingeniero nos invitó hasta el *penthouse* del piso diecinueve del complejo habitacional Puerta Alameda. Desde ahí contemplamos la mancha verde que debía vivificar toda la zona. Con una capacidad de observación privilegiada, el ingeniero nos forzó a fijar nuestra atención en la traza ligeramente piramidal de la Alameda, que todo el mundo asumía falsamente como un rectángulo; nos aleccionó sobre la importancia de su superficie, sobre el significado de los ejes que recorrían la plaza como venas perfectas.

Nuestra preocupación era que, después de un periodo breve, la rehabilitación del espacio atrajera nuevamente a los pordioseros, ambulantes y drogadictos que se habían estacionado cínicamente entre sus bancas y sus jardineras para estropearlas con impunidad y a plena luz del día. Necesitábamos una solución a cómo cerrar el paso a los indeseables. Nos puso al tanto de los pormenores históricos. En el siglo xvi el parque había estado rodeado por una

acequia que complicaba el acceso de personas y animales no gratos. En otro tiempo incluso una puerta que daba hacia el oriente era el único acceso permitido.

—Estoy dispuesto incluso a levantar un muro si con eso logramos solucionar el problema de nuestros invasores, sentenció.

Las obras acababan de dar inicio y desde las orillas los tractores serpenteaban nubes de polvo que palidecían con la luz, de por sí amarilla, de las farolas.

—También tenemos que hacer algo con esa luz —le dijo a mi jefe con un hilo de voz satisfecha.

Sabíamos que para sortear el problema había que lidiar con los grupos involucrados en el proyecto. Pero el verdadero reto estaba en interpretar las órdenes del ingeniero.

—¿Has estado en Nueva York? —me preguntó a mí directamente y sin mirar a mi jefe.

Estábamos dentro de un elevador de cristal que conforme dejaba atrás el piso diecinueve, aumentaba la sensación de crecimiento de olmos, estatuas y fuentes, como si las hileras de pinos brillantes que adornaban la calurosa Navidad de la ciudad estuvieran vivas y crecieran para alumbrarnos. Yo dije que sí sin convencimiento.

—Creo que laberintos y arboledas como los de Central Park que cortan el paso funcionarían —me dijo, descubriendo en la leve inclinación de mi mirada una acomplexada mentira.

Apenas al llegar a mi departamento, abrí la computadora e inicié una búsqueda de imágenes que pudieran orientarme; una multitud de fotos, lo mismo de ramplones turistas que de fotógrafos pedantes, llenaba cientos de hileras que Google arrojaba cuando se le preguntaba por “árboles en Central Park”. Los revisé

hasta la madrugada y me fui a la cama con la cabeza ardiendo como una olla en donde se licuaban álamos, olmos y tilos alineados entre plomadas de muros electrificados e invisibles.

Las negociaciones con la gente al mando de los remozamientos de la Alameda fueron un fastidio. Abreviaré diciendo que cuando por fin pudimos discutir una solución al problema *in situ*, tuve una de esas revelaciones que, como soy creyente, puedo atribuir a Dios. Mientras un arquitecto me explicaba algo sobre la sincronización acrobática de las fuentes, yo miraba la reproducción del mural de Diego Rivera. Me pareció que todo el mundo tenía que poder mirar a Frida y a La Catrina desde cualquier punto del parque. Necesitábamos árboles flacos, tímidos y raquíticos. La idea era la completa visibilidad de todo el mundo por todo el mundo, de todo desde todos los ángulos. Se vigilarán unos a otros, pensé. La Alameda no podía ser un Central Park, tenía que tener árboles pequeños y reducidos, conjurar las sombras e invocar las luces. En ese momento, como en una señal, un tipo ebrio con un letrero de cartón que decía “El fin está cerca”, “Arrepiéntanse” intentó cruzar hacia nosotros, pero fue derribado de un toletazo.

Fui hasta mi jefe para explicarle mis intenciones. La solución era despoblar la Alameda, no repoblarla; el muro que necesitábamos era uno de luz: no les prohibiríamos el paso, pero tampoco los dejaríamos quedarse. Mi jefe añadió otra decisión: no le comentaríamos nada al ingeniero hasta el día de la reapertura. Quizá arriesgábamos mucho en ello, pero no íbamos a cometer

el error del hombre mediocre: dejar al miedo o a la indecisión la suerte de los cambios que nos habían sido encomendados.

El acto de inauguración fue breve y ha sido reseñado en todos los periódicos. Todo el trayecto el ingeniero permaneció serio, grave, casi estoico. Durante la gala, en cambio, después de un choque de copas, relató que la Alameda le resultaba un lugar entrañable por la memoria de su padre, quien había pensado en rehacerla por completo a pesar de las polémicas que eso suscitara. Cambios alarmantemente radicales: levantar muros, llevarse el hemicycle a otra parte. En tiempos de don Porfirio habían reubicado el quiosco morisco y levantado la horrible dentadura-mausoleo de Juárez. Hizo una pausa y el salón se sumió en un silencio abismal.

—Menos mal que dejé ese trabajo en manos de los que saben —se interrumpió—, la Alameda quedó nueva y a la vez intacta.

La idea, desde luego, nunca nos fue acreditada. La mañana siguiente de la inauguración leí en alguna reseña que el encargado de la Subsecretaría de Urbanismo se atribuía el plan maestro de “limpiar la fronda para evitar algún escondrijo para indeseables”. Es cierto que ni el color amarfilado y reflejante de sus suelos, ni la luz blanca de su alumbrado —como en los pisos de un hospital— fueron idea mía; pero consta en los documentos preparatorios la cantidad ridícula de eucaliptos y enormes tilos que habían sido comprados de antemano para poblar de sombras ruinosas nuestra Alameda.

Tampoco sería justo llevarme todo el crédito. Visto a destiempo, parece extraño que el ingeniero haya dejado en manos de alguien

como mi jefe una solución arquitectónica. He pensado que no tenía mucha fe en nuestra participación y que él ya barajaba una solución propia en caso de que la nuestra no le satisficiera. Dentro del equipo tenía otros ojos que vigilaban todas nuestras intervenciones.

Lo único que puedo saber con certeza es que el cambio definitivo de la Alameda no ocurrió como una casualidad, sino como una larga cadena de decisiones que quizá hayan arrancado en los paseos del ingeniero en su juventud, cuando ya maquinaba cómo apoderarse de todos esos terrenos. En esa larga cadena de decisiones yo he contribuido mínimamente y eso basta. Ustedes dirán que es fácil hacer todo tipo de contribuciones cuando se tiene el respaldo del hombre más poderoso del mundo, pero yo podría contarles una o dos leyendas sobre ese hombre. Una historia de pequeños pasos como los que da un bebé para caminar. Un *bestseller* con un título rimbombante y un final de *shock* sobre el hombre que transformó la ciudad más grande del mundo, no en oro, sino en luz.

POSDATA DE 2032

Nuevamente estoy desempleado. Nadie sabe hacia dónde se dirigen las calificaciones bursátiles ni las tasas de interés de un mercado que parece rabioso y decidido a aniquilarnos. Lleno de nostalgia, empecé a frecuentar de nuevo la Alameda. Cada vez somos más. A pesar de una enorme reja electrificada, todas las noches, cuando la ciudad se aquietta, nos reunimos aquí una sarta de pordioseros, transexuales, burócratas, traficantes, niñas ricas y obreros, en este

gran salón de baile donde el alcohol y el sexo barato abundan. La reja es fácil de saltar; sentir la electricidad y las quemaduras debajo de la piel no nos alejan. Una vez cada semana, el pasadizo milenario de malvivientes, el nido de marrulleros y el pozo hediondo volvemos con nuestro sudor, con nuestra saliva y con todos nuestros muertos.

Me pregunto si el ingeniero conservará su *penthouse* del piso diecinueve y si desde allí nos ve como a ratas reventar. Me pregunto en qué parte del vasto mundo germinó la voluntad que fraguó su ruina y planeó el entramado de este nuevo parque Alameda.

Índice

- 9 El taller de las bacantes
- 21 Periféricos
- 29 El vicario
- 35 Ustedes no existen
- 51 La rabiosa envidia
- 63 Mosto
- 71 El sueño de Ariadna
- 77 Hoguera
- 91 Ver



Ustedes

no existen, de Oswaldo

Hernández Trujillo, se terminó de imprimir en diciembre de 2020, en los talleres gráficos de Diseño e Impresión S. A. de C. V., con oficina de venta en Otumba núm. 501-201, colonia Sor Juana Inés de la Cruz, en Toluca, Estado de México, C. P. 50040. El tiraje consta de quinientos ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Borges, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortiz y Juan Carlos Cué. Formación, portada y supervisión en imprenta: Esmaragdaliz Isbeth Villegas Pichardo. Cuidado de la edición: Carmen Itzel Ramírez Rosas, Mariana Aguilar Mejía y el autor. Editor responsable: Félix Suárez.

